

BIBLIOTECA NACIONAL



0340011



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra...

1

Sala en que se encuentra...

9

Tabla en que se halla....

287

Orden que en ella tiene..

6

Imp. Universitaria

9/287-6)

SAMUEL A. LILLO



**ERCILLA • Y • LA
ARAUCANA**



SAMUEL A. LILLO

ERCILLA

Y

LA ARAUCANA

34285



ESTABLECIMIENTOS GRAFICOS «BALCELLS & Co.»

SANTIAGO DE CHILE

1928

ES TABLECIMIENTOS GRAFICOS
BALCELLS & C^o



SANTIAGO
CALLE FONTECILLA 260-269

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

ERCILLA Y LA ARAUCANA

ESTUDIO PUBLICADO
EN LOS ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

OBRAS DEL AUTOR:

Poesías.—Un volumen. 1900.

Antes y Hoy.—Poema. 1905.

Canciones de Arauco.—Un volumen, 1908. 4.^a ed., 1917.

Chile Heroico.—Un volumen, 1911. 2.^a ed., 1917.—Poesías premiadas en los certámenes del Centenario. (Santiago y Valparaíso).

La Concepción.—Poema, 1911. 2.^a ed., 1911.—Premiado en el certámen del Centenario. (Consejo de Letras).

La Escolta de la Bandera.—Poema, 1912.

Canto a la América Latina.—1913.—Primer premio en los Juegos Florales de Tucumán. (Rep. Argentina).

Canto a Vasco Núñez de Balboa.—1914.—Primer premio en el Concurso del Consejo de Instrucción Pública.

Canto Lírico a la Lengua Castellana.—1916.—Primer premio en los Juegos Florales Cervantinos de Valparaíso.

A Isabel La Católica.—Canto heroico premiado con la Flor de Oro en los Juegos Florales de la Raza. (Concepción, 1916).

Bajo la Cruz del Sur.—Un volumen, 1926.

Cantos Filiales.—Un volumen, 1926.—Premio de la Poesía Hispano-Americana otorgado por la Real Academia Española el 12 de Octubre de 1927.

Literatura Chilena.—Un volumen, 1918. 4.^a ed., 1925.

Ercilla y La Araucana.—1928.—Anales de la Universidad de Chile.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

Millaray.—Poema chileno.

Literatura Chilena, 5.^a ed., con una antología contemporánea.

Recuerdos Literarios.

INTRODUCCION

Esta obra tiene por objeto dar a los estudiantes, a los educadores y a los obreros, y en general a todas las personas que tengan el espíritu abierto a los ideales de la patria y de la raza, un libro manual que les permita conocer las partes principales de nuestra epopeya nacional, y les despierte el interés por la lectura de un poema al que no se le ha dado todavía en Chile la importancia que le corresponde.

Es muy corriente escuchar en los diversos círculos, tanto de la juventud como de las personas maduras, que La Araucana es un libro pesado y fastidioso, imposible de leer.

Puedo afirmar que casi todos los que emiten semejante opinión, no conocen La Araucana, ni siquiera han leído algunos de sus trozos principales, ni mucho menos se han detenido a considerar lo que significa este libro para nuestros niños y para nuestro pueblo.

En efecto, La Araucana, no sólo sirve de lazo de unión entre los chilenos y la Madre Patria, recordando la empresa gigantesca de los conquistadores, que trajeron junto con su idioma, el evangelio de Cristo a estas tierras hurañas y remotas, sino que también sirve eficazmente para despertar entre esos mismos niños y en el alma sencilla y abierta de nuestro pueblo, el culto por la memoria de nuestros abuelos aborígenes que esculpieron con sus brazos de cíclopes, sobre el yunque de la gloria, los blasones de la Patria.

Como oían los latinos las estrofas de Virgilio que cantaban la cuna de la Raza, y los germanos los versos heroicos de los Nibelungos, así también nosotros debemos escuchar en los días de la raza, las estrofas heráldicas de Ercilla.

Honremos pues el magnífico presente que la Providencia nos ha dado por intermedio del numen del poeta soldado, cuyo nombre y cuya obra, forman los dos arcos gigantes del puente maravilloso que hoy une nuestros pueblos al través de los mares y los siglos.

AMBIENTE Y ESCENARIO DE LA ARAUCANA

Eran los nuevos tiempos heroicos de la tierra: Colón había abierto con las quillas vencedoras de sus barcos las olas indomadas del Atlántico, haciendo brotar desde su seno un mundo nuevo, joven y brioso que dormía el largo sueño de los siglos, arrullado por las ondas de un mar inexplorado.

Siguiendo las estelas luminosas que dejaron las osadas carabelas del héroe señorador que cruzó cuatro veces por los mares en pos de su quimera irrealizable del Oriente, salieron de las playas españolas centenares de varones esforzados tras el oro y la fama que les brindaban las maravillosas comarcas descubiertas.

Y esta falange de soldados y aventureros, de hidalgos y paladines, como una banda de gigantes águilas, emprendió el vuelo sobre los nuevos mares y tendiendo desde lo alto los inquietos cuellos, fueron buscando los parajes en donde habrían de abatir los poderosos remos de sus alas.

Pedro Alonso Niño y Vicente Yáñez Pinzón, compañeros de glorias del heroico genovés, descubren y escudriñan aquellas costas misteriosas cuyos vírgenes horizontes jamás había cortado la silueta de una vela, llegando el segundo después de una tremenda odisea de combates y penurias hasta la boca del coloso que, con las linfas de sus ondas nacidas en las nieves de los Andes, endulza las oleadas amargas del Océano.

Alonso de Ojeda, el bravo y cruel aventurero, azote de los indios y asombro de los suyos, con su escapulario por escudo, blande en la diestra la ferrada lanza teñida con la sangre americana, asalta las islas y sorprende las costas del desconocido continente con un puñado de guerreros, mezclas de bandidos y de héroes y deja tras de sí la desolación y el espanto, semejante a aquellos violentos huracanes antillanos que pasan como una maldición sobre los mares y las tierras del trópico.

El noble Juan Ponce de León, agobiado por los años, no se duerme en los laureles conquistados en la hermosa Puerto Rico y vaga por los mares como aquellos caballeros medioevales cantados en romances y poemas, en busca de la fuente de la eterna juventud, temeroso de bajar hacia los reinos de la muerte sin haber contemplado todas las estupendas

maravillas de aquél extraño mundo que él tan tarde conociera.

Animoso como un joven, descubre la Florida y prepara así el camino al valeroso Hernández de Córdoba que habrá de pagar muy luego con su vida la gloria de haber sido el primer capitán español que golpeará con la punta de su lanza las puertas de un palacio mejicano en Yucatán.

Diego de Nicuesa, valiente y desdichado caballero, equipa una poderosa escuadra y marcha también a la conquista de aquellos mares turbulentos sembrados de peligros y acechanzas y deja entre las rocas de sus costas los últimos girones de su fortuna y va a hundirse después para siempre, víctima de la naturaleza y de los hombres, en el fondo de aquel abismo que lo atrajo con el engañoso miraje de sus riquezas fantásticas.

Pero estaba reservado a Vasco Núñez de Balboa, el oscuro hidalgo jerezano, la hazaña más portentosa después de la de Colón, : el descubrimiento del nuevo mar del sur que dió a la patria del Cid y Carlos V el más amplio campo que haya recibido jamás nación alguna para el desarrollo de su riqueza y su poder y que entregó al mundo sorprendido un inmenso océano que, surgiendo como una aparición ante un conjuro, vino a completar la redondez soñada del Planeta.

Sopló una nueva y ardiente ráfaga de epopeya sobre la tierra y los mares, y los héroes acudieron en tropel ávidos de hazañas y de glorias.

En el norte, Hernán Cortés eclipsando las gestas maravillosas de Aquiles y Teseo, con un puñado de valientes castellanos, marcha a la conquista del Imperio Azteca y tras de sacrificios inmensos, de proezas estupendas, de combates que hacían olvidar a los fantásticos libros de caballería, derribó de su trono a Moctezuma y plantó la cruz del Redentor sobre las soberbias Teocallis de la nueva Sagunto americana.

Y en tanto que su continuador, el ágil Alvarado, el centauro alado de la Noche Triste, sometía al poder de Castilla las tribus belicosas que vivían frente a los lagos y volcanes de la América Central, al sur de la línea del equinoccio, Pizarro y Almagro, en una expedición que parecía más bien el paseo triunfal de seres superiores, dominaban al golpe de la lanza y de la espada a las tribus pacíficas e industriales que formaban la augusta monarquía de los Hijos del Sol.

Al sur del imperio de los Incas se extendía una tierra inconquistable, defendida por un desierto de cálidas arenas, una gigante cordillera y un mar tan hirsuto y tan huraño como los flancos de los montes que golpeaba. Almagro, el viejo aventurero so-

ñador, creyendo encontrar en ella la compensación de sus sacrificios en el Perú, la invadió por el oriente y después de dejar en las nieves de sus montañas hostiles su cortejo de huestes auxiliares, avanzó con sus hispanos, vencedores de la nieve y los abismos, por este largo y angosto territorio en busca del metal codiciado que los indios incásicos le habían prometido.

Tras de grandes penalidades y de infructuosos rebusques, convencido de la pobreza de la tierra y de la ferocidad de los habitantes que aumentaba a medida que avanzaba hacia las regiones del sur, regresó desengañado a la metrópoli del Cuzco.

Estaba destinada la conquista de esta tierra misteriosa al cerebro y a la espada de Pedro de Valdivia, gran capitán extremeño que entró pocos años después por el desierto, con escasísima hueste, pero llevado por una resolución inquebrantable.

No le importó la inmensidad de este largo territorio encerrado entre dos cordilleras, y cortado por ríos correntosos que surgían entre abruptos farellones, cubierto de bosques impenetrables, por los cuales vagaban las tribus errabundas de un pueblo altivo que hasta entonces, no había conocido más autoridad que la de sus caciques.

Dominó temporalmente a los naturales después de sangrientas batallas y, creyendo asegurada la

paz de la tierra, fundó varias ciudades separadas entre sí por enormes extensiones de bosques y montañas para caer un día sorprendido por la revuelta repentina de los indios que lo derrotaron en lid campal, destruyeron las siete ciudades que había fundado en la región del sur y declararon libre de la denominación extranjera a la indomada tierra araucana.

Tal era el escenario en que iba a desarrollarse nuestra epopeya nacional.

Desde fines del siglo XV los poemas heroicos de Homero y de Virgilio se habían popularizado por los escritores del renacimiento, principalmente en Italia y España.

En los primeros años del siglo XVI Mateo Boyardo daba a luz su famoso poema Orlando Enamorado, con el cual, puede decirse, empieza la época caballeresca moderna que llega a su punto culminante en ese siglo, con la aparición del Orlando Furioso del Ariosto que, en pocos años, no sólo se derramó por la Italia, sino que se hizo la lectura familiar de los escritores españoles y despertó en ellos la afición a la poesía heroica que ellos iban a cultivar en breve, aprovechando los temas que les daban las hazañas maravillosas de los conquistadores de América.

Ercilla, gran admirador del Ariosto, sintió palpar en su pecho su corazón de épico cantor al saber las estupendas hazañas de los araucanos y ansioso de conocer de cerca a aquellos nuevos héroes de Homero, se embarcó para Chile, y un día vieron los araucanos blanquear, en la bahía de Penco, las velas de la escuadra castellana, en que venía el poeta que había de inmortalizar sus hazañas y dar a esta nación el insigne honor de tener un poema épico que cantara la epopeya de su gloria y el origen de su raza.

Ya estaba el cantor en el teatro de su poema. Luego un formidable ataque de los araucanos a quienes los españoles lograron rechazar al fin de varias horas de recio combate, en el cual sin duda tomó parte el mismo Ercilla, le dió a conocer de cerca a los nombrados aucas de los cuales tantas proezas había oído contar.

La realidad superó a la idea que él se había ya formado y su admiración se manifestó en las estrofas del Canto XIX en que, algún tiempo después, cuenta lleno de sorpresa, las hazañas de Caupolicán, Gracolano y Tucapel que mandaban a aquellos salvajes que no temían atacar desnudos, armados sólo de sus lanzas y sus mazas, un fuerte defendido por numerosos cañones y por hombres cubiertos de hierro.

Seguramente entonces, en las noches larguísimas de guardia, en espera de nuevos ataques y sorpresas de los indios, el poeta maduró el plan de su poema y se inclinó a cantar más las hazañas de esos nuevos héroes que las ya conocidas de sus valientes compatriotas.

Y estos propósitos deben de haberse acentuado en los combates que siguieron después, en las Lagunillas y en Millarapue y más tarde cuando fué conociendo palmo a palmo aquel heroico suelo en el que cada bosque, cada pantano o quebrada, hablaban a su mente de hazañas increíbles, de heroicidades estupendas llevadas a cabo por salvajes miserables que, por encima de todas las miserias y penurias de su vida vagabunda, sentían latir en sus corazones duros, como los resecos terrones de sus suelos incultos, el sentimiento altísimo del amor a su tierra siempre altiva y siempre libre.

BIOGRAFÍA DE ERCILLA (1)

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, nació en Madrid el 7 de Agosto de 1533.

Su padre fué el doctor Fortún García de Ercilla y su madre, doña Leonor Zúñiga, naturales de la villa de Bermeo en Vizcaya, en donde poseían una torre que se conserva actualmente y a la cual alude el poeta en una de las estrofas del Canto XXVII.

Su madre que había enviudado cuando don Alonso tenía apenas un año, logró colocarse de Guardadamas de doña María, infanta de España, casada con Maximiliano de Austria que fué después Emperador. El joven Ercilla fué nombrado paje del príncipe que fué más tarde Felipe II.

La instrucción de Ercilla fué escasa. Se sabe que recibió las lecciones de un reputado humanista, don

(1) En esta biografía, se ha seguido de cerca el estudio que hace de Ercilla don J. T. Medina en su magistral obra «La Araucana» publicada en Santiago de Chile en 1917.

Cristóbal Calvete, en unión de los demás pajes de la Corte, sin haber hecho estudios especiales ni profundos. Sus lecturas clásicas fueron pocas, pero fué aficionado desde niño a los poetas de la antigüedad.

Se sabe de cierto que al escribir la primera parte de *La Araucana*, conocía ya a Homero, Virgilio y Lucano, y entre los modernos sobre todo al Ariosto que fué su poeta favorito y cuya influencia se ha dejado sentir en su poema.

Sus viajes, dice el señor Medina, haciéndole conocer las tierras y los hombres, suplieron su falta de lectura y le evitaron caer en la pedantería.

Acompañó a Felipe II primero a Flandes, pasando por Italia y Alemania. Después obtuvo autorización para ir con su madre a Viena en el séquito de Maximiliano y su esposa y estuvo algún tiempo en los reinos de Bohemia y Hungría. Más tarde pasó a Inglaterra con Felipe II que iba a casarse con María Tudor. Allí estaba cuando supo la sublevación de los araucanos y la muerte de Valdivia. Tenía entonces 21 años y aún no ceñía espada, como lo dice él mismo en el Canto XIII.

Deseando conocer aquellas nuevas tierras y sus heroicos defensores, pidió permiso a Felipe II para acompañar a Jerónimo de Alderete que acababa de ser nombrado Gobernador de Chile y se embar-

có en la expedición, ascendido de paje a gentil hombre, con derecho a cargar espada.

El señor Medina, en su erudito estudio sobre la vida de Ercilla, dice que no sólo el entusiasmo guerrero y el amor por las aventuras llevaron al poeta a tomar parte en esta empresa, sino que tuvo también influencia en esta romántica resolución, una pasión amorosa desgraciada que aparece demostrada en una Glosa que es la primicia poética de Ercilla y que empieza así:

Seguro estoy de nuevo descontento
y en males y fatigas tan probado
que ya mis desventuras han hallado
el término que tiene el sufrimiento.

Amor me ha reducido a tanto estrecho
y puesto en tal extremo un desengaño
que ya no puede el bien hacer provecho
ni el mal, aunque se esfuerce, mayor daño.

Alderete murió en Taboga en las inmediaciones de Panamá y Ercilla se embarcó de nuevo con rumbo al Perú. En Trujillo se unió a la comitiva que llevaba don Andrés Hurtado de Mendoza, recién nombrado Virrey que venía a hacerse cargo de su puesto.

En Lima fué muy bien acogido y hasta estuvo alojado en el Palacio de los Virreyes. Al prepararse la expedición que vino a Chile a las órdenes de don García de Mendoza, pidió autorización para formar parte de ella, y se embarcó lleno de entusiasmo, en la misma nave en que venía el joven Gobernador.

Después de haber pasado algunos días en la Serena, los castellanos continuaron el viaje hacia el sur y tras de grandes penalidades, sufrida por las tormentas, arribaron a la bahía de Penco; pero, temiendo los ataques de los indios, desembarcaron en la isla de Quiriquina, en espera de la llegada de la caballería que venía por tierra.

Cansados de esperar, al cabo de 50 días de estada en la isla, desembarcaron en el continente y construyeron un fuerte muy cerca de donde estuvo la ciudad de Concepción, destruída por los indios después de la muerte de Valdivia.

Después de rechazar un formidable ataque de los araucanos al fuerte, en el que sin duda peleó, aunque no lo dice, el mismo Ercilla, los españoles cruzaron el Bio-Bio y derrotaron a los araucanos en la batalla de Las Lagunillas cerca del mencionado río.

En este combate se distinguió Ercilla, cuya com-

pañía tomó parte activa en la lucha, como lo dice en las estrofas del Canto XXII.

Terminada la lucha, tiene lugar el castigo de algunos caciques, entre ellos está Galbarino a quien se le cortan las manos.

Más adelante se traba la batalla de Millarapue en la que también cabe un papel brillante al poeta. El mismo, dejando atrás falsas modestias, cuenta su actuación en algunas estrofas del Canto XXVI.

Después de ese combate, cuenta el poeta su encuentro con Galbarino a quien inútilmente intenta salvar y el cual condenado a muerte, es colgado en uno de los árboles vecinos.

Llegaron los castellanos en seguida a Tucapel. Desde allí fué mandado Ercilla con una columna a traer víveres desde Imperial y, a su vuelta, cayó en una emboscada y escapó de la muerte gracias a su valor y a la protección de un indio a quien había antes salvado.

Véase el Canto XXVIII.

Apenas fundó la ciudad de Cañete, don García se dirigió a la Imperial y desde allí mandó rápidamente a la recién fundada ciudad, un socorro de 30 hombres escogidos entre los cuales iba Ercilla.

Llegaron a tiempo para salvar a Cañete de un ataque de Caupolicán, que fué allí derrotado a causa de la traición de uno de los suyos.

Ercilla volvió a la Imperial y no se encontró en la captura y suplicio de aquel caudillo araucano.

La expedición de don García hacia el sur había continuado y el poeta logró alcanzar al Gobernador en Villarrica para seguir con él hasta el canal de Chacao, que el cantor de Arauco pasó en una piragua para llegar a la isla de Chiloé.

En uno de los árboles de la orilla el poeta grabó la conocida estrofa que viene en el Canto XXXVI.

Aquí llegó donde otro no ha llegado
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con sólo diez, pasó el desaguadero;
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil quinientos, por febrero,
a las dos de la tarde, el postrer día
volviendo a la dejada compañía.

Don García emprendió el viaje de vuelta; se detuvo a fundar la ciudad de Osorno; pasó en seguida por Valdivia y arribó por fin a la Imperial, en donde permaneció con su hueste, reparando las fatigas de su largo viaje, descanso que aprovechó el poeta para continuar su poema.

Para entretener los ocios de la guarnición, los jóvenes caballeros prepararon unas fiestas en las

cuales había juegos de cañas, corridas de sortijas, y otros entretenimientos caballerescos, propios de la época.

El día señalado para los regocijos, salió don García a caballo, acompañado de un numeroso séquito de jóvenes, entre los cuales iban don Alonso de Ercilla y don Juan de Pineda.

No se sabe el motivo de la disputa entre estos dos caballeros, pero de repente se vió que Ercilla sacaba su espada y que Pineda hacía otro tanto en medio del desorden y el tumulto de los acompañantes.

Don García, ciego de ira, cayó sobre Ercilla y dándole varios golpes con su maza lo derribó del caballo, en tanto que Pineda se refugiaba en la iglesia cercana, de donde lo hizo sacar el gobernador.

Los jóvenes fueron declarado reos de desacato a la autoridad y condenados a ser decapitados al día siguiente.

Fueron inútiles los ruegos de los compañeros de Ercilla y Pineda: el gobernador permaneció inflexible y sólo cedió a la petición que una de las damas de la Imperial le hizo penetrando, acompañada de una joven indígena, por una ventana, hasta la sala en donde se había retirado sin querer recibir a nadie.

Los reos continuaron presos todavía algún tiempo, y al fin fueron desterrados al Perú.

En virtud de esta orden, Ercilla abandonó el país y se embarcó en Penco en los últimos días del año 1558 o en Enero de 1559.

El virrey del Perú no prestó ninguna protección al poeta, quien tuvo que recurrir al Rey con la petición de un repartimiento de indios. La respuesta del Rey fué favorable, pero llegó sólo en Diciembre de 1560 después de haber pasado don Alonso largo tiempo de miseria y de vergüenza, como él mismo lo decía. Para dar cumplimiento a esta real cédula, dice el señor Medina, se necesitaba cerca de un año, que estuviese vacío algún repartimiento y que el virrey tuviera voluntad. Felizmente don Andrés Hurtado, volviendo sobre sus pasos, por algún motivo que no se sabe, lo nombró miembro del cuerpo de Gentiles Hombres Lanzas con mil pesos de sueldo. Desde entonces el poeta pudo sostenerse en Lima con arreglo a su rango.

Solicitó del nuevo virrey, conde de Nieva, una licencia de dos años para volver a España y probablemente a fines de Septiembre de 1561, según el señor Medina, Ercilla se embarcó para Panamá, deseoso de tomar parte, antes de irse, en la expedición contra Lope de Aguirre. Desgraciadamente para su sed de aventuras, a su llegada a este puerto, Lo-

pe de Aguirre había sido ya castigado, y entonces continuó su viaje a España.

Llegó a Sevilla a mediados de 1563, después de haber sufrido una larga enfermedad que lo atrasó en su viaje y de la cual hace mención en el Canto XXXVI de su poema.

Fué recibido cariñosamente en Madrid por Felipe II, a quien acompañó a Aragón.

Había ya muerto su madre; su hermana María Magdalena que se había casado con un noble portugués, murió luego también y lo dejó de heredero de su fortuna.

El poeta había ya recibido algunos cargos honoríficos: así Maximiliano lo había nombrado Gentil Hombre de los Príncipes de Hungría, pero estas distinciones no habían mejorado su condición económica.

Esta herencia vino, pues, a terminar con todas sus privaciones y le permitió vivir con holgura en la Corte. Entonces se atrevió a imprimir la 1.^a parte de La Araucana en 1569. Poco después, en 1570, contrajo matrimonio con una noble dama llamada doña María de Bazán y, previas las informaciones de estilo, fué armado Caballero de la Orden de Santiago en Diciembre de 1571.

En 1574, dejando un poder general a su esposa, salió de Madrid para hacer, en las galeras de S. M.

el servicio de 6 meses a que eran obligados los Caballeros de Santiago.

Estuvo primero 4 meses en Cartagena, y en seguida, en busca de nuevas ocasiones para su fama, partió para la Escuadra que estaba en Nápoles.

Cumplido su tiempo, fué a Roma en donde fué presentado al Papa Gregorio XIII. Viajó en seguida por el norte de Italia, Alemania; asistió en Praga a la coronación de su padrino de bodas el rey Rodolfo del cual era gentil hombre de Cámara, y volvió a España en 1577 para cumplir, en el Convento de la Orden de Santiago, el tiempo de residencia y aprendizaje que los estatutos exigían.

Terminadas sus pruebas, salió del Convento reconocido como Caballero profeso de la Orden en Diciembre del año citado, para ocuparse, entre otros menesteres menos importantes, en la publicación de la 2.^a parte de La Araucana que salió a luz en Agosto de 1578.

A fines de ese mismo año recibió una comisión del Rey ante los duques de Brunswick. Se trataba de impedir la llegada de estos huéspedes a Madrid. El poeta cumplió con inteligencia su cometido, pero no recibió ninguna muestra de agrado del monarca a su regreso.

Estuvo después en Portugal sin que se sepa el objeto cierto de su viaje. Se cree que tomó parte en la

expedición a las Azores bajo las órdenes del pariente de su mujer, don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz.

Aunque no hay noticias ciertas respecto a esto, lo más probable es que se encontraba en el combate naval que esa escuadra sostuvo con la francesa en 1582, pues escribió sobre ella un romance que se publicó en Lisboa en 1586.

Es también muy probable que en esa estada en Portugal conociera a Cervantes que iba en la expedición que Felipe II hizo a ese país en 1581. Así se explicarían las alusiones elogiosas que el autor de la Galatea hiciera a Ercilla en dicha obra.

En 1583 estaba Ercilla de seguro en Madrid desempeñando las funciones de examinador de libros, cargo para el cual había sido nombrado en 1580.

Este cargo, dice el señor Medina, lo puso en contacto con los más famosos escritores de su tiempo.

En 1585 hizo otro viaje a Alemania que duró un año con el objeto de cobrar una cuantiosa suma de la dote de su hermana y otros dineros prestados para servicio de S. M.

Fué el último viaje del poeta.

Se acercaba ya a la vejez y la desgracia que parece encarnizarse con los que la juventud ya ha abandonado, lo hiere cruelmente: primero con la muerte de su querida hermana María y después con la pér-



dida de su único hijo, Juan de Ercilla, muerto a los veinte años en el naufragio de la Invencible Armada.

Buscando un consuelo en la poesía probablemente, dice el señor Medina, el poeta se dedicó entonces a terminar la 3.^a parte de La Araucana que se publicó en 1589.

En 1591 quiso escribir otro poema para celebrar la expedición de Felipe II a Portugal, pero ya el mal estado de su salud le impedía trabajar con la constancia y el brío de antes, por eso sólo alcanzó a hacer algunas estrofas que se agregaron en la edición de 1597 a los Cantos 36 y 37.

A fines de 1594 se sintió tan mal que cuando quiso otorgar testamento ya no pudo hacerlo, ni aún alcanzó a firmar el poder que, ante un escribano, extendió a su mujer para que testara por él, basado en la confianza de que ella interpretaría a satisfacción sus últimas voluntades. Este documento y un codicilo que hizo al día siguiente, fueron sólo firmados por los testigos y el escribano.

Murió un día después en Madrid, el 29 de Noviembre de 1594.

Sus restos están sepultados en Ocaña en el Monasterio que había fundado su viuda en 1595.

Rasgos dominantes de su carácter y aspecto físico

Fué noble, generoso y compasivo.

En diversas partes de su poema se pueden ver muestras de afecto y de conmiseración que tuvo con los araucanos y cómo se opuso muchas veces a los crueles castigos que en aquellos tiempos se aplicaban a los rebeldes vencidos.

Así (Canto XXVI) pretende salvar con una piadosa mentira a Galbarino, ayuda a encontrar el cuerpo de su marido a la infeliz Guacolda (Canto XXI). Salva de la muerte a Cariolano que se batía heroicamente (Canto XXVIII) contra un grupo de españoles. Socorre y cura a la hija de Millalauco herida por un español (Canto XXXII). Repueba el espantoso suplicio de Caupolicán, diciendo que no se habría llevado a cabo si él hubiera estado presente. (Canto XXXV).

Su respeto caballeresco hacia las mujeres se exterioriza en el trato que da a las heroínas araucanas.

A Tegualda no sólo la consuela y ayuda sino que tiene también la delicadeza de alojarla entre las mujeres casadas del campamento, para que no sufra su buena fama y lleva su atención hasta el punto de escoltarla personalmente, cuando lleva el cuerpo de

Crepino, hasta que alcanza la entrada de sus montañas. Igualmente impide que se le haga daño a Glaura y, conmovido ante el amor conyugal tan firme y probado de esta heroína, ordena que ella y su marido sean puestos en libertad.

Ercilla era profundamente religioso. Esto no era una novedad pues lo fueron todos los conquistadores españoles. Por eso no debemos extrañar que el poeta atribuya a la benéfica influencia de la divinidad la mayor parte de los triunfos obtenidos sobre los salvajes.

Pero a veces este mismo espíritu religioso, llevó al poeta a falsear algunos caracteres, como sucede en el Canto XXXIV en que hace aparecer, para mayor triunfo de la religión, a Caupolicán recibiendo piadosamente el bautismo, poco antes de ser ajusticiado.

Había también en el alma de nuestro épico cantor, como en la de muchos capitanes españoles, un fondo de filosofía estoica, o más bien, de resignación musulmana, para hacer frente con serenidad a los mayores contrastes de las armas y a las peores desgracias de la vida.

El sentimiento del honor, tal como se comprendía entre los caballeros de su época, era también en Ercilla, uno de los rasgos más salientes de su personalidad, y sus héroes castellanos y hasta los

araucanos obran ajustándose al código que regía las acciones militares.

Era ordenado y constante en sus empeños. Una prueba de ello tenemos en que escribió, según él mismo lo dijo, gran parte de su Araucana en los descansos de sus campañas y aún en las noches en los propios campamentos, después de los combates, utilizando, muchas veces, trozos de papel o de cuero que lograba proporcionarse, y a pesar de las dificultades y molestias de las marchas repentinas, sorpresas o emboscadas, proseguía su trabajo imperturbable, sin perder sus apuntes y sus notas, hasta terminar la primera parte de su poema, seguramente, antes de su salida para el Perú.

Aún cuando la verdad fué siempre el norte que el cantor de Arauco tuvo para dirigirse en el intrincado laberinto de los múltiples hechos estudiados y expuestos por él en su poema, tuvo al final de éste una afirmación de pobreza que la crítica moderna y en especial la investigación de un erudito chileno, el señor Toribio Medina, ha destruido con gran desengaño para muchos de los admiradores del poeta.

Efectivamente se sabe por los datos anteriormente dados en la biografía, que Ercilla recibió antes de la publicación de la tercera parte de *La Araucana*, una apreciable herencia de su hermana

y en seguida, la dote y la fortuna materna de su esposa.

Parece, pues, que este poeta que había dado pruebas de tan nobles sentimientos, cuando ya la fortuna vino a llamar a su puerta, cobró afición al dinero y dedicó gran parte de su actividad a incrementarlo por medio de compraventas de objetos de valor y por préstamos monetarios hechos a numerosas personas. Todo esto consta de los documentos que se citan y copian en la obra publicada por don José Toribio Medina en 1916.

En cuanto al aspecto físico de Ercilla, he aquí como aparece, a los 36 años, según la descripción que hace de él, su amigo Cristóbal Mosquera de Figueroa, en su Elogio de Ercilla, escrito en 1585:

«Daba muestras de caballero de animosa determinación y ajeno a todo temor. Tenía hermosa frente, barba crespa y cabello levantado, boca pequeña y un tanto sentado de nariz, que dándole cierta suavidad al rostro, le privaba en cambio, del perfil de las líneas griegas».

ARGUMENTO DE LA ARAUCANA

Los araucanos, cuyo territorio y costumbres describe primeramente el poeta, se sublevan contra la dominación española y proclaman toqui al cacique Caupolicán.

El gobernador, Pedro de Valdivia, al frente de un corto número de jinetes y acompañado de un grupo de indios auxiliares, va a sofocar la insurrección.

En Tucapel son derrotados y muertos todos los españoles gracias al valor y a la astucia de Lautaro, joven indio que, abandonando el servicio del gobernador a quien acompañaba, se pasa al campo de los araucanos que ya iban en derrota, los llama con enérgicas palabras y los hace volver al combate en el cual ejecuta tan altas hazañas que arrebató la victoria a los españoles.

Valdivia, tomado prisionero, es barbaramente sacrificado por los vencedores.

Lautaro, en recompensa de su heroico comporta-

miento, es nombrado segundo jefe por Caupolicán y recibe la misión de salir a contener el ataque de los catorce españoles que, desde el fuerte de Purén vienen en socorro de Valdivia ignorando el desastre de sus compañeros.

Se traba, entonces uno de los más épicos encuentros que relata Ercilla. Lautaro derrota a los que se llamaron después por esta lucha, los catorce de la Fama y en seguida deshace completamente en la cuesta de Andalicán un numeroso ejército provisto de cañones que venía al mando del sucesor de Valdivia, don Francisco de Villagrán.

Los castellanos, perseguidos por los indios, repasan el Bio-Bio y abandonan a Concepción, que es destruída por el joven toqui. Los indígenas celebran con grandes fiestas sus triunfos. Después de ellas, Lautaro obtiene de Caupolicán el permiso de seguir hacia el norte hasta Santiago.

Con un cuerpo de guerreros escogidos, el héroe marcha ufano hacia el centro del poder español; pero, traicionado por un indio auxiliar, es sorprendido por Francisco de Villagrán.

Son las altas horas de la noche. Lautaro duerme en su toldo en compañía de su esposa, Guacolda, que lo ha despertado, hace poco, para contarle un sueño siniestro. De improviso suenan gritos, disparos y redobles de tambores: los españoles invaden

el fuerte saltando por sobre las empalizadas junto con cuatrocientos indios comarcanos que los apoyan con sus flechas. Lautaro sale desnudo, con el manto revuelto al brazo y con un estoque en la mano, pero lo recibe un flechazo que le atraviesa el corazón. Todos sus compañeros mueren después de una desesperada resistencia sin haber querido rendirse al enemigo. Llega don García Hurtado de Mendoza, hijo del virrey del Perú, en el carácter de gobernador interino. Con un lucido ejército, desembarca en la bahía de Talcahuano y construye, cerca de la antigua ciudad de Concepción, un fuerte que es atacado audazmente por los araucanos, quienes son rechazados después de violentos y heroicos asaltos en los cuales admiran los castellanos las proezas estupendas de Tucapel y Gracolano.

En la noche de esa batalla, el poeta, que está de guardia, encuentra a la joven india, Tegalda que busca el cadáver de su marido, Crepino.

Al ser interrogada, cuenta su dolorosa historia a Ercilla, quien la consuela y la ayuda y cuando halla el cuerpo de su amado, conmovido el poeta, lo hace colocar sobre un tablón que llevan en hombros sus soldados y acompaña piadosamente el cortejo hasta dejarlo fuera del campamento. Entran los españoles en el estado de Arauco y son de nuevo atacados

por los indios, quienes les presentan una batalla campal en la que hace maravillas de bravura el indomable Rengo.

Después de este combate, don García ordena que le corten las manos al joven Galbarino para escarmiento de los pueblos rebeldes comarcanos.

El mocetón araucano, después de poner él mismo estoicamente sus puños sobre el tronco, alza los brazos mutilados y sacudiendo su sangre heroica sobre los rostros asombrados de sus verdugos, al volverse a sus montañas los amenaza con la venganza del pueblo araucano.

Efectivamente, reanimados los guerreros de Arauco por las ardientes palabras de aquel patriota legendario, vuelven de nuevo a la pelea. Tiene lugar el próximo encuentro en Millarapue, a donde llegó un heraldo indígena a desafiar a los castellanos en el nombre de Caupolicán.

En este combate, en el que lucieron sus proezas Caupolicán, Tucapel y Rengo y en el que pelearon los españoles con sin igual denuedo, fueron otra vez vencidos y deshechos los aucas indómitos después de una horrible carnicería.

Entre los prisioneros cayó también Galbarino, quien pagó con la muerte infamante en la horca su valor y su patriotismo.

Continúan los españoles internándose en Arauco;

llegan a la ciudad de Imperial tantas veces sitiada por los indios y en las tierras rebeldes de Purén, encuentra el poeta a Glaura, hermosa muchacha araucana, que le relata su historia que forma otro de los interesantes episodios del poema.

Allí, en una angosta quebrada, sufren los invasores un violento ataque sorpresivo de los naturales. En esta pelea cupo una parte principal a Ercilla.

Los indios, desesperados por el avance incontrastable de los castellanos, celebran otra de sus grandes asambleas de jefes y acuerdan quemar sus campos para detener al enemigo.

En esa misma asamblea, pide Tucapel que se le permita realizar el duelo que tiene concertado con Rengo y que, por la atención de la guerra, no ha podido llevarse a cabo todavía.

En efecto, los dos toquis pelean bravamente varias horas hasta quedar ambos mal heridos. Caupolicán interrumpe la lucha y los campeones reconciliados curan pronto de sus heridas y se preparan para la guerra que continúa.

El ejército español sigue su viaje hacia el sur, dejando en Cañete una guarnición al mando de don Alonso de Reinoso, quien ayudado por un traidor, toma prisionero a Caupolicán.

El desgraciado toqui encuentra en el camino a su mujer, Fresia, que lo increpa y lo insulta y que

en un arranque de patriotismo, olvidando su amor maternal, le arroja a los pies a su propio hijo, diciéndole que no quiere un hijo infame de un infame padre.

Después de un juicio aparatoso, el capitán español condena al jefe araucano a morir en el espantoso suplicio de empalamiento.

Mientras tanto Hurtado de Mendoza llega hasta frente a Chiloé, explorando toda esa inmensa región sin hallar resistencia.

El poeta, que iba en la expedición, atravesó el Desaguadero en una piragua con diez de sus compañeros y escribió una estrofa memorable en uno de los árboles de la Isla del Sur.

A su vuelta Ercilla tuvo un disgusto con el Gobernador en unas fiestas celebradas en Imperial y fué obligado a volverse a España.

El penúltimo canto habla de los viajes y expediciones que por tierras extrañas hizo el poeta y en el último trata de asuntos desligados del principal, como la campaña de Felipe II al Portugal y los derechos que este monarca tenía a la corona del Reino Lucitano y concluye lamentándose de la miseria suma en que lo tiene arrinconado el disfavor cobarde.

EL POEMA

Su plan y su desarrollo

Todo poema épico consta de tres partes: la *exposición*, el *nudo* y el *desenlace*.

En algunas epopeyas el poeta empieza con la proposición que consiste en algunos versos en que da a conocer el asunto que va a cantar, para seguir con la invocación, después de la cual viene la verdadera exposición.

Ercilla comienza con la proposición diciendo:

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros, canto, enamorados;
ni las muestras, regalos ni ternezas
de amorosos afectos ni cuidados:
más el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados
que a la cerviz de Arauco no domada,
pusieron duro yugo por la espada.

Reemplaza la invocación por una dedicatoria a Felipe II en la que dice:

Suplícóos, gran Felipe, que mirada
esta labor, de vos sea recibida,
que, de todo favor necesitada
queda con darse a vos, favorecida.

Entra en seguida a la verdadera exposición del poema que empieza con la descripción del territorio de Chile, de sus pobladores, indicando sus usos y costumbres, armas, modos de pelear y de defensa, religión y supersticiones.

Habla luego de la historia de Chile desde la conquista de los incas: el descubrimiento de Almagro hasta la llegada de Valdivia, sus primeros tiempos y la sublevación de los araucanos, con lo que empieza ya la verdadera acción del poema.

No existen propiamente ni el nudo ni el desenlace en la Araucana porque no hay intriga que se complique y que al desatarse produzca el interés de un final deseado por el lector.

En la Araucana sólo hay en estas partes una serie de combates homéricos, de acechanzas y sorpresas, de hazañas maravillosas ejecutadas por indios y españoles, todo esto interrumpido por algunos

episodios que hacen menos cansada la narración de las continuadas acciones de guerra.

Talvez el poeta creyó al principio que podría escribir una epopeya con desenlace favorable para los españoles, pues en la primera estrofa dice que a la cerviz de Arauco no domada pusieron los castellanos duro yugo por la espada.

Pero el triunfo no vino nunca, y el poeta, después de haberse batido valientemente como un soldado, en diversos asaltos y sorpresas, se vió por causas que ya dijimos, obligados a despedirse del campo de esta guerra interminable, sin haber conocido el desenlace.

Por eso Ercilla concluyó su poema con acciones extrañas a él, como la expedición de Felipe II a Portugal, y con reflexiones filosóficas e impresiones acerca de su vida y de su situación personal.

ES LA ARAUCANA UNA EPOPEYA?

Mucho se ha discutido acerca de si la Araucana es o nó un poema épico o epopeya. No nos interesa el que sea o nó un poema épico conforme a las reglas clásicas, nos basta que él sea nuestra epopeya nacional, el libro que enciera los blasones de la raza, en cuyas épicas páginas, llenas de heroicidades maravillosas, encuentran nuestros hijos los ejemplos del patriotismo y del valor que han hecho legendario a nuestro pueblo.

Nosotros vamos a estudiar los elementos y características principales del poema.

La definición más aceptada de una epopeya clásica es la siguiente:

Es la narración poética, en estilo elevado, de una acción heroica, capaz de interesar a un pueblo y a veces a la humanidad.

Luego veremos si esta definición cuadra a nó a La Araucana.

Además de estos caracteres que aparecen en la

definición, analizaremos también otros requisitos que se han considerado indispensables para la importancia de este género.

Se ha exigido que la acción de una epopeya sea una, grande e interesante.

La acción de *La Araucana* es una porque ella trata generalmente de la guerra de los araucanos contra los españoles, y si en algunas partes el poeta se aparta del tema principal, no lo pierde de vista y sólo al final habla de otros asuntos como la expedición al Portugal.

La acción del poema es grande porque es la dignificación del amor patrio, llevado a tanta altura por estos salvajes que, en sus proezas y en sus anhelos por defender su tierra, llegaron a extremos nunca conocidos en guerras de esta naturaleza.

Es interesante para nosotros, pues es la narración de nuestra epopeya nacional, el canto de las hazañas de nuestros abuelos, la historia de nuestras costumbres aborígenes, y la fuente en donde nuestros héroes han bebido los ánimos briosos con que después han defendido a la patria y la bandera que es su símbolo.

Se ha dicho que *la Araucana* carece de héroe. Esto no es exacto, porque el héroe es el pueblo araucano representado por sus principales caciques, todos y cada uno animados del mismo espíritu patrio y de

la misma fuerza de corazón, que ha hecho de este pequeño pueblo el emblema del valor y el patriotismo.

Se ha dicho también que el héroe del poema era el joven capitán, don García Hurtado de Mendoza, y que el poeta lo cambió por disgustos personales que tuvo con él.

Esta aseveración carece de fundamento serio. Nunca pensó Ercilla que su héroe fuera el capitán de Mendoza, porque él no pensó celebrar las hazañas de los conquistadores, sino las maravillosas proezas de los indios que lo sorprendieron desde que los vió de cerca.

Si hubiera un héroe del poema, éste debía ser, conforme a los propósitos de Ercilla, un cacique araucano; pero, por los motivos que expondremos en el análisis del valor histórico de la epopeya, el poeta no pudo tener un solo héroe desde el principio hasta el fin del poema.

En cuanto a la omisión que se dice ha hecho de las hazañas de don García, hay también algunos puntos que observar.

Desde luego, Hurtado de Mendoza no podría actuar en la 1.^a parte del poema, que es talvez la más épica e interesante, porque todavía no había llegado a Chile.

En la 2.^a y 3.^a parte lo hace figurar, no con el re-

lieve que sus herederos después reclamaron, sino con la justicia del caso, pues, fuera del asalto del fuerte, de las batallas de las Lagunillas y de Millarapué, no hubo grandes encuentros en que pudiera ‘figurar con brillo el joven capitán.

Es seguro que a no mediar la injusticia cometida contra el poeta en Imperial, éste habría encontrado ocasiones en que hubiera aparecido don García más airoso, pero de ninguna manera pudo el autor hacerlo aparecer, aún cuando hubiera sido su amigo, como el héroe principal del poema.

MÁQUINA DEL POEMA

Por máquina de un poema épico se entiende la intervención de los seres sobrenaturales, como los dioses, los genios, los magos, etc.

En los poemas después del renacimiento hubo máquinas sagradas y profanas y aún la mezcla de ellas en una sola obra.

Así en *Los Lusíadas*, aparece en socorro de Vasco la diosa Venus, siendo que el héroe había llamado en su auxilio a Jesucristo.

En la *Araucana* hay también máquinas sagrada y profana, pero no se mezclan como en el poema antes mencionado.

Ambas máquinas ayudan a la acción conservando los seres sobrenaturales su papel correspondiente.

Así el demonio Eponamón se aparece a los indios en el Canto IX para animarlos a combatir contra los españoles, prometiéndoles la victoria; y la Virgen María, un poco más adelante, también se les

aparece para detenerlos amenazándolos con la muerte y con la derrota si se atreven a atacar a los cristianos.

Aquí triunfa la intervención divina de María sobre el demonio Eponamón, y los araucanos, recogidos con la celeste aparición y admirados por sus palabras, desisten del ataque y se vuelven a su tierra.

Hay, además, en el Canto XVII otra manifestación de máquina pagana, cuando el poeta cuenta que apenas se había rendido al sueño se le apareció Belona, la diosa de la guerra y lo transportó a presenciar la batalla de San Quintín.

Y, finalmente, en el Canto XXIII se le aparece el viejo Guaticolo que lo lleva a la cueva del mágico Fitón, quien lo conduce ante una esfera transparente en cuyo fondo vió reflejarse la batalla naval de Lepanto, que Ercilla describe magníficamente en el Canto XXIV.

Ejemplo de máquina cristiana

(CANTO IX)

La tempestad cesada, el raso cielo
vistió el húmedo campo de alegría;
cuando con claro y presuroso vuelo

en una nube una mujer venía
cubierta de un hermoso y limpio velo,
con tanto resplandor, que al medio día
la claridad del sol delante della
es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
a todos confortó con su venida ;
venía de un viejo cano acompañada,
al parecer de grave y santa vida ;
con una blanda voz y delicada
les dice : ¿ A dónde andáis, gente perdida ?
volved, volved el paso a vuestra tierra,
no váis a la Imperial a mover guerra.

Que Dios quiere ayudar a sus cristianos
y darles sobre vos mando y potencia ;
pues ingratos, rebeldes e inhumanos
así le habéis negado la obediencia ;
mirad, no váis allá, porque en sus manos
pondrá Dios el cuchillo y la sentencia.

Ejemplo de máquina pagana

(CANTO XVII)

No bien al dulce sueño y al reposo
dejado el quebrantado cuerpo había,
cuando oyendo un estruendo sonoro

que estremecer la tierra parecía,
con gesto altivo y término furioso
delante una mujer se me ponía,
que luego ví en su talle y gran persona
ser la robusta y áspera Belona.

Vestida de los pies a la cintura,
de la cintura a la cabeza armada
de una escamosa y lúcida armadura,
su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
blandiendo en la derecha la asta dura,
de las horribles furias rodeada,
el rostro airado, la color teñida,
toda de fuego bélico encendida:

La cual me dijo: «¡Oh! mozo temeroso,
el ánimo levanta y confianza
reconociendo el tiempo venturoso
que te ofrece tu dicha y buena andanza;
huye del ocio torpe y perezoso
ensancha el corazón y la esperanza,
y aspira a más de aquello que pretendes,
que el cielo te es propicio si lo entiendes:

Qué viéndote a escribir yo aficionado
y de tu inclinación el claro indicio,
pues nunca te han la pluma destemplado
las fieras armas y áspero ejercicio;
tu trabajo tan fiel considerado;
sólo movida de mi mismo oficio,

te quiero yo llevar en una parte
donde podrás sin límite ensancharte.»

Aún cuando el poema no necesitaba para su grandiosidad la intervención de la máquina, Ercilla se aprovecha de ella para elevar un canto a las gloriosas empresas de Felipe II, alabar las proezas de los españoles, ya que no pudo cantarlos en Chile, y abandonando un momento los ruidos ásperos de la guerra, para describir y alabar las bellezas de las mujeres españolas y en especial mencionar a la que después debía ser su esposa, doña María de Bazán.

EPISODIOS

Los episodios principales son: el de Tegualda, el de Glaura y el de Dido.

Las partes en que figuran Guacolda y Fresia, no son propiamente episodios, sino trozos de la misma acción del poema.

Así Guacolda aparece acompañando a Lautaro en su ruca, durante la noche en que se verificó el asalto de Villagrán y la muerte de aquel joven toqui.

Fresia es apresada por los españoles que habían cautivado sin conocerlo a Caupolicán y le arroja a sus pies el hijo, diciendo que no quiere el hijo infame de un infame padre.

En cambio Tegualda y Glaura actúan en verdaderos episodios desligados de la acción principal y sirven al objeto que tuvo el poeta de interrumpir la monotonía de la narración guerrera.

Tegualda, sorprendida por Don Alonso, buscando de noche el cadáver de su esposo, Crepino, cuenta su

dolorosa historia al poeta, quien compadecido la ayuda a encontrar el cuerpo de su marido y la acompaña fuera del campamento.

Glaura cuenta también la historia conmovedora de su vida, la muerte de su padre y de su pretendiente, Fresolano bajo los golpes de los españoles, el ataque de los negros y su salvación por Cariolano, que también cae prisionero de Ercilla. El poeta emocionado la salva a ella y a su marido de la cautividad y los deja que se vayan libres a gozar de de su pasión compartida.

El señor Medina en su *Literatura Colonial* critica este episodio, encontrándolo ficticio y sin la emotividad que produce el amor, pues éste apenas se esboza en la narración.

Tiene razón el señor Medina: apenas alcanzan a interesarnos los amantes por la falta de antecedentes y circunstancias favorables al desarrollo de una pasión. Parece que la joven se casa sólo por agradecimiento, con Cariolano, su salvador.

En el episodio de Dido, el poeta se deja llevar por la nobleza de su corazón y por el amor a la verdad, tratando de referir la historia de Dido, alterada por Virgilio en la *Eneida*.

Demuestra don Alonso, contándoles a sus compañeros este episodio en una marcha, que la reina Dido no se mató a causa de haber sido abandonada

por Eneas su seductor, sino que se quitó la vida por guardar fidelidad a la memoria de su amado esposo, Siqueo, y por librar con su desaparecimiento a su pueblo de los proyectos del rey, Yarbás, que la pretendía, y que, en caso de ser rechazado, habría podido vengarse de los habitantes de Cartago.

Si los episodios de Tegalda y Glaura tienen atinencia con el poema sin formar parte del desarrollo de su acción, en cambio el de Dido está tan lejano y tan despegado del asunto que, a pesar de todo el talento de Ercilla, esta parte es una historieta sin interés ni agrado alguno para los lectores.

Pero el señor Medina recuerda que en esos tiempos algunos poetas españoles, como Lope de Vega y otros, ya habían hecho lo mismo en algunas de sus poesías, defendiendo a Dido de la pretendida calumnia de Virgilio, por eso creemos que este episodio no habrá sido encontrado tan ajeno al poema por los lectores contemporáneos, pues se trataba de hechos ya conocidos que se acababan de poner ante el juicio de los escritores.

Hay también en la segunda parte del poema otro episodio, el de Guacol, padre de Gualemo, a quien un caballo marino enamorado le rapta la mujer que él logra recobrar después de un combate encarnizado con el monstruo, de cuya piel se hace una armadura que deja a su muerte a su hijo Gualemo.

Esta fábula pintoresca y animada es digna de las leyendas de los tiempos mitológicos.

Se vé en este episodio la influencia que ejercieron en el poeta la lectura de los poemas griegos y de la Eneida. Es un modelo en su género. Interrumpe agradablemente el largo desfile de los héroes araucanos que revista Caupolicán antes del ataque al fuerte de Penco.

Damos a continuación algunos fragmentos de los episodios de Tegalda y Glaura, e insertamos completo el de Guacol que es muy breve.

Episodio de Glaura

Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida,
hija del buen cacique Quilacura,
de la sangre de Friso esclarecida,
rica de hacienda, pobre de ventura;
respetada de muchos y servida
por mi linaje y vana hermosura
más, ¡ay de mí! cuanto mejor me fuera
ser una simple y pobre ganadera.

En casa de mi padre a mi contento
como única heredera yo vivía,
que su felicidad y pensamiento
en sólo darme gusto lo ponía:
mi voluntad en todo y mandamiento

como inviolable ley se obedecía,
no habiendo de contento y gusto cosa
que fuese para mí dificultosa.

Más presto el envidioso amor tirano,
turbador de sociego, adredemente
trajo a mi tierra y casa a Fresolano,
mozo de fuerzas y ánimo valiente,
de mi infelice padre primo hermano,
y mucho más amigo que pariente,
a quien la voluntad tenía rendida,
no habiendo entre los dos cosa partida.

Mi padre como amigo aficionado,
que yo le regalase me mandaba ;
y así yo con llaneza y gran cuidado
por hacerle placer lo procuraba ;
más él luego, el propósito estragado,
cuya felicidad ya vacilaba,
corrompió la amistad, salió de tino,
echando por ilícito camino.

O fué el trato que tuvo allí conmigo,
o por mejor decir, mi desventura.
que esta sería más cierto, como digo,
que no la mal juzgada hermosura,
que ingrato al hospedaje del amigo,
del deudo y deuda haciendo poca cura,
me comenzó de amar y buscar medio
de dar a su cuidado algún remedio,

Visto yo que por muestras y rodeo
muchas veces su pena descubría,
conocí que su intento y mal deseo
de los honestos límites salía.

Más ay! que en lo que yo padezco veo
lo que el mísero entonces padecía;
que a término he llegado al pie del palo
que aún no puedo decir mal de lo malo.

Hallábale mil veces suspirando
en mí los engañados ojos puestos;
otras andaba tímido tentando
entrada a sus osados presupuestos.
Yo la ocasión dañosa desviando,
con gravedad y términos honestos,
que es lo que más refrena la osadía,
sus erradas quimeras deshacía.

Estando sola en mi aposento un día,
temerosa de algún atrevimiento,
ante mí de rodillas se ponía
con gran turbación y desatiento
diciéndome temblando: ¡Oh Glaura mía!
ya no basta razón ni sufrimiento,
ni de fuerza una mínima me queda
que a la del fuerte Amor resistir pueda.

Tu señora, sabrás que el día primero
de mi felice y próspera venida
me trujo amor al término postrero

desta penosa y desdichada vida ;
más ya que por tu amor y causa muero,
quiero saber si dello eres servida,
porque siéndolo tú no sé yo cosa
que pueda para mí ser tan dichosa».

Viéndole al parecer determinado
a cualquiera violencia y desacato,
disimuladamente por un lado
salí dél sin mostrar algún recato
diciéndole de lejos: ¡Oh! malvado,
incestuoso, desleal, ingrato,
corrompedor de la amistad jurada
y ley de parentesco conservada! . . .

Iba estas cosas y otras yo diciendo
que el repentino enojo me mostraba,
cuando con priesa súbita y estruendo
un cristiano escuadrón nos salteaba,
que en cerrado tropel arremetiendo,
nuestra alta casa en torno rodeaba,
saltando Fresolano en mi presencia
a la debida y justa resistencia.

Diciendo: «¡Oh! fiera tigre endurecida,
inhumana y cruel con los humanos,
vuelve, acaba de ser tú la homicida,
no dejes qué hacer a los cristianos:
vuelve, verás que acabo aquí la vida,
pues no puedo a las tuyas, a sus manos,

que aunque no sea la muerte tan honrosa,
a lo menos será más piadosa.»

Así furioso sin mirar en nada,
se arroja en medio de la armada gente,
donde luego una bala arrebatada
le atravesó el desnudo pecho ardiente:
cayó ya la color y voz turbada,
diciendo: «¡Glaura, Glaura! últimamente
recibe ya mi espíritu cansado
de dar vida a este cuerpo desdichado.

Llegó mi padre en esto al gran ruido,
sólo armado de esfuerzo y confianza,
más luego en el costado fué herido
de una furiosa y atrevida lanza:
cayó el cuerpo mortal descolorido,
y vista mi fortuna y mal andanza,
por el postigo de una falsa puerta
salí, a mi parecer, más que ellos muerta.

Iba pues siempre, mísera, corriendo
por espinas, por zarzas, por abrojos,
aquí y allí, y acá y allá volviendo
a cada paso los atentos ojos,
cuando por unos árboles saliendo
ví dos negros cargados de despojos,
que luego en el instante que me vieron
a la mísera presa arremetieron.

Fuí dellos prestamente despojada
de todo cuanto allí venía vestida,
aunque yo, triste, no estimaba en nada
el perder los vestidos y la vida :
pero el honor y castidad preciada
estuvo a punto ya de ser perdida ;
más mis voces y quejas fueron tantas
que a lástima y piedad movía las plantas.

Usó el cielo conmigo de clemencia
guiando a Cariolan a mis clamores,
que visto el acto inorme y la insolencia
de aquellos enemigos violadores,
corrió con provechosa diligencia
diciendo: «Perros, bárbaros traidores.
dejad, dejad al punto la doncella,
si no la vida dejaréis con ella.»

Fueron sobre él los dos encontinente ;
más él, flechando el arco que traía,
al más adelantado y diligente
la flecha hasta las plumas le escondía ;
hízose atrás dos pasos diestramente,
y al otro la segunda flecha envía
con brújula tan cierta y diestro tino,
que al bruto corazón halló el camino.

Cayó muerto, y el otro mal herido
cerró con él furioso y emperrado ;
más Cariolan, valiente y prevenido,

en el arte de la lucha ejercitado,
aunque el negro era grande y muy fornido,
de su destreza y fuerzas ayudado,
alzándole en los brazos hacia el cielo
le trabucó de espaldas en el suelo.

Y sacando una daga acicalada,
queriendo a hierro rematar la cuenta,
por el desnudo vientre y por la ijada
tres veces la metió y sacó sangrienta;
huyó por allí la alma acelerada,
y libre Cariolan de aquella afrenta,
se vino para mí con gran crianza
pidiéndome perdón de la tardanza.

Supo decir allí tantas razones,
haciendo Amor conmigo así el oficio,
que medrosa de andar en opiniones,
que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
por evitar al fin mormuraciones
y no mostrarme ingrata al beneficio
en tal sazón y tiempo recibido,
le tomé por mi guarda y mi marido.

Episodio de Guacol y el caballo marino

Un poco atrás del cual iba Gualemo
cubierto de una piel dura y pelosa
de un caballo marino, que su padre
había muerto en defensa de la madre.

Cuentan (no sé si es fábula) que estando
bañándose en la mar, algo apartada,
un caballo marino allí arribando,
fué de él súbitamente arrebatada;
y el marido a las voces aguijando
de la cara mujer, del pez robada,
con el dolor y pena de perdella,
al agua se arrojó luego tras ella.

Pudo tanto el amor, que el mozo osado
al pescado alcanzó, que se alargaba,
y abrazado con él por maña a nado,
a la vecina orilla le acercaba,
donde el marino monstruo sobreaguado
(que también el amor ya le cegaba)
dió recio en seco, a tiempo que el reflujo
de las huidoras olas se retrujo.

Soltó la presa libre, y sacudiendo
la dura cola, el suelo deshacía,
y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo,
contra el mozo animoso se volvía;
el cual, sazón y punto no perdiendo,
a las cercanas armas acudía,
comenzando los dos una batalla
que el mar calmó, y el sol paró a miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente,
de fuerza y ligereza acompañada,
hería al famoso monstruo reciamente

con una porra de metal herrada ;
al cabo el indio valerosamente
dió felice remate a la jornada,
dejando al gran pescado allí tendido,
que más de treinta pies tenía medido.

Y en memoria del hecho hazañoso
digno de le poner en escritura,
del pellejo del pez, duro y peloso,
hizo una fuerte y fácil armadura.
Muerto Guacol, Gualemo valeroso
las armas heredó y a Quilicura,
que es un valle extendido y muy poblado
de gente rica, de oro y de ganado.

Episodio de Tegualda

Yo soy Tegualda, hija desdichada
del cacique Bracol desventurado,
de muchos por hermosa en vano amada,
libre un tiempo de amor y de cuidado:
pero muy presto la fortuna airada
de ver mi libertad y alegre estado,
turbó de tal manera mi alegría
que al fin muero del mal que no temía.

.....

Muy presto pues llegó el postrero día
desta mi libertad y señorío,

¡oh! si lo fuera de la vida mía,
pero no pudo ser que era el bien mío.
En un lugar que junto al pueblo había,
donde el claro Gualebo, manso río,
después que sus viciosos campos riega,
el nombre y agua al ancho Itata entrega;
allí para castigo de mi engaño,
que fuese a ver sus fiestas me rogaron;
y como había de ser para mi daño,
fácilmente conmigo lo acabaron.
Luego por orden y artificio extraño
la larga senda y pasos enramaron,
pareciéndoles malo el buen camino
y que el sol de tocarme no era dino.

Llegué por varios arcos donde estaba
un bien compuesto y levantado asiento,
hecho por tal manera que ayudaba
la maestra Natura al ornamento:
el agua clara en torno murmuraba,
los árboles movidos por el viento
hacían un movimiento y un ruido
que alegraban la vista y el oido.

Apenas pues en él me había asentado,
cuando un alto y solene bando echaron,
y del ancho palenque y estacado
la embarazosa gente despejaron:
cada cual a su puesto retirado,

la acostumbrada lucha comenzaron,
con un silencio tal que los presentes
juzgaron ser pinturas más que gentes.

.....

Cuenta Tegualda en seguida que sintió gran alboroto y al preguntar de qué se trataba le dijeron que Mareguano había sido vencido por un gallardo mozo extranjero, y que el vencido, no resignándose con su derrota, quería luchar de nuevo, pero que los jueces no consentían mientras ella no les diese licencia a ambos rivales.

Tegualda consiente y los dos luchan de nuevo. Cuenta en seguida cómo llega el vencedor a recibir de sus manos la recompensa.

Halléme tan confusa y alterada
de aquella nueva causa y accidente,
que estuve un rato atónita y turbada
en medio del peligro y tanta gente;
pero, volviendo en mí más reportada,
al vencedor en todo dignamente,
que estaba allí inclinado ya en mil falda,
le puse en la cabeza la guirnalda.

Pero bajé los ojos al momento
de la honesta vergüenza reprimidos

y el mozo con un largo ofrecimiento
inclinó a sus razones mis oídos.

Al fin se fué, llevándome el contento
y dejando turbados mis sentidos,
pues que llegué de amor y pena junto
de solo el primer paso al postrer punto.

.....

Tegualda prosigue diciendo que su padre prote-
ge sus amores y autoriza su matrimonio con el ex-
tranjero.

Termina su dolorosa historia con las siguientes
estrofas:

Ya que con voluntad y mandamiento
a mi honor y deseo satisfizo
y la vana contienda y fundamento
de los presente jóvenes deshizo,
el infelice y triste casamiento
en forma y acto público se hizo
hoy hace justo un mes, ¡oh! suerte dura,
qué cerca está del bien la desventura!

Ayer me ví contenta de mi suerte
sin temor de contraste ni recelo;
hoy la sangrienta y rigurosa muerte
todo lo ha derribado por el suelo.

¿Qué consuelo ha de haber a mal tan fuerte?
qué recompensa puede darme el cielo
a donde ya ningún remedio vale,
ni hay bien que con tan grande mal se iguale?
Este es pues el proceso, ésta es la historia
y el fin tan cierto de la dulce vida:
he aquí mi libertad y breve gloria
en eterna amargura convertida.
Y pues que por tu causa la memoria
mi llaga ha renovado encrudecida,
en recompensa del dolor te pido
me dejes enterrar a mi marido.

.....
El poeta dejándose llevar de su carácter generoso, acompaña a la infeliz Tegualda al campo en donde había tenido lugar el combate.

Salí con ella acá y allá buscando;
al fin entre los muertos que allí había
hallamos el sangriento cuerpo helado
de una redonda bala atravesado.

La mísera Tegualda, que delante
vió la marchita faz desfigurada,
con horrendo furor en un instante
sobre ella se arrojó desatinada,
y junta con la suya, de abundante
flujo de vivas lágrimas bañada,

la boca le besaba y la herida,
por ver si le podía infundir la vida.
«¡Ay! cuitada de mí (decía) qué hago
entre tanto dolor y desventura!

¡Cómo al injusto amor no satisfago
en esta aparejada coyuntura!

¿Por qué ya, pusilánime, de un trago
no acabo de pasar tanta amargura?

¿Qué es esto? la injusticia a dónde llega
que aún el morir forzoso se me niega?

Así furiosa, por morir echaba
la rigurosa mano al blanco cuello,
y no pudiendo más no perdonaba
al afligido rostro ni al cabello;
y aunque yo de estorbarlo procuraba,
apenas era parte a defendello,
tan grande era la basca y ansia fuerte
de la rabiosa gana de la muerte.

Después que algo las ansias aplacaron
por la gran persuación y ruego mío,
y sus promesas ya me aseguraron
del gentílico intento y desvarío,
los prestos yanaconas levantaron
sobre un tablón el yerto cuerpo frío
llevándolo en los hombros suficientes
a donde le aguardaban sus sirvientes.

Mas, porque estando así rota la guerra no padeciese agravio y demasía, hasta pasar una vecina sierra le tuve con mi gente compañía; pero, llegando a la segunda tierra encaminada a la derecha vía, se despidió de mí reconocida del beneficio y obra recibida.

LOS DISCURSOS

Los araucanos han sido y hasta ahora son aficionados a hablar en las reuniones, empleando un estilo vivo y pintoresco, con figuras tomadas de la naturaleza, como lo hacen los oradores de todos los pueblos primitivos.

Ercilla trae en su poema algunas de estas arengas que, aún cuando se revisten de las bellezas retóricas con que el poeta las ha adornado, conservan en el fondo toda su ruda grandiosidad.

Mencionaremos primeramente el famoso discurso de Colocolo, pronunciado en la ocasión solemne en que ya los indios iban a irse a las manos en la disputa sobre la elección del toqui que debía mandar las fuerzas combinadas de todas las tribus contra los invasores.

Voltaire comparó esta pieza oratoria con el discurso pronunciado por Néstor con motivo de la disputa de Aquiles y Agamenón y encuentra que el orador araucano es superior al griego.

Al crítico y erudito don Marcelino Menéndez y Pelayo no le entusiasman las arengas de La Araucana y no acepta estas alabanzas de Voltaire. Así lo dice en su H.³ de la Poesía Hispano Americana, Tomo II, pág. 103.

A pesar de la respetable opinión del señor Menéndez y Pelayo, muchos críticos ensalzan este discurso que nosotros tenemos por una de las arengas más conceptuosas, más artísticas y mejor estudiadas de La Araucana.

Discurso del Colocolo

Caciques, del estado defensores,
codicia del mandar no me convida
a pesarme de veros pretendores
de cosa que a mí tanto era debida:
porque, según mi edad, ya véis, señores,
que estoy al otro mundo de partida;
más el amor que siempre os he mostrado
a bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
y ser en opinión grande tenidos,
pues que negar al mundo no podemos
haber sido sujetos y vencidos?
y en esto averiguarnos no queremos,
estando aún de españoles oprimidos;

mejor fuera esa furia ejecutalla
contra el fiero enemigo en la batalla.

¿Qué furor es el vuestro ¡oh! araucanos,
que a perdición os lleva sin sentillo?

¿Contra vuestras entrañas tenéis manos,
y no contra el tirano en resistillo?

¿Teniendo tan a golpe a los cristianos,
volvéis contra vosotros el cuchillo?

Si gana de morir os ha movido,
no sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso
a los pechos de aquellos que os han puesto
en dura sujeción, con afrentoso
partido, a todo el mundo manifiesto:
lanzad de vos el yugo vergonzoso;
mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
no derramáis la sangre del estado
que para redimirnos ha quedado.

No me pesa de ver la lozanía
de vuestro corazón, antes me esfuerza,
mas temo que esta vuestra valentía,
por mal gobierno el buen camino tuerza:
que vuelta entre nosotros la porfía
degolláis nuestra patria con su fuerza:
cortad, pues, si ha de ser desamano,
esta vieja garganta la primera.

Que esta flaca persona, atormentada

de golpes de fortuna, no procura sino el agudo filo de una espada, pues no la acaba tanta desventura. Aquella vida es bien afortunada que la temprana muerte la asegura; pero, a nuestro bien público atendiendo, quiero decir en esto lo que entiendo.

Pares sois en valor y fortaleza; el cielo os igualó en el nacimiento; de linaje, de estado y de riqueza hizo a todos igual repartimiento; y en singular por ánimo y grandeza podéis tener del mundo el regimiento: que este gracioso don no agradecido nos ha al presente término traído.

En la virtud de vuestro brazo espero que puede en breve tiempo remediarse, mas ha haber un capitán primero que todos por él quieran gobernarse: éste será quien más un gran madero sustentare en el hombro sin pararse; y pues que sois iguales en la suerte, procure cada cual ser el más fuerte.

La arenga de Lautaro es la más épica de todas las del poema. Aún ahora, cuando se hace leer por los profesores en las clases de Castellano, logra con-

mover el corazón de los niños y llamar su atención hacia la heroica figura de aquel otro niño que, con su valor y su talento, llegó a ser el verdadero director del período más glorioso de la guerra araucana.

Hay en sus versos, que suenan como clarinadas de combate, los acentos ya enérgicos, ya doloridos del alma valerosa de un caudillo, atormentada por la desesperación del desastre inesperado, que llama a los que huyen, insulta a los cobardes y con gritos de suprema arrogancia, ofrece la victoria a las huestes ya deshechas y, a los sonos de sus voces, la derrota se convierte en el primero de los grandes triunfos de esa homérica epopeya.

Dircurso de Lautaro

¡Oh! ciega gente, del temor guiada!
¿a dó volvéis los temerosos pechos?
que la fama en mil años alcanzada
aquí perece y todos vuestros hechos:
la fuerza pierden hoy, jamás violada,
vuestras leyes, los fueros y deréchos:
de señores, de libres, de temidos,
quedáis siervos, sujetos y abatidos.

Mancháis la clara estirpe y descendencia
y engerís en el tronco generoso
una incurable plaga, una dolencia,

un deshonor perpetuo, ignominioso:
mirad de los contrarios la impotencia,
la falta de aliento, y el fogoso
latir de los caballos, las ijadas
llenas de sangre y de sudor bañadas.

No os desnudéis del hábito y costumbre
que de nuestros agüelos mantenemos,
ni el araucano nombre de la cumbre
a estado tan infame derribemos:
huid el grave yugo y servidumbre:
al duro hierro osado pecho demos;
¿por qué mostráis espaldas esforzadas
que son de los peligros reservadas?

Fijad esto que digo en la memoria,
que el ciego y torpe miedo os va turbando;
dejad de vos al mundo eterna historia,
vuestra sujeta patria libertando;
¡volved, no rehuséis tan gran victoria
que os está el hado próspero llamando:
a lo menos firmad el pie ligero,
veréis como en defensa vuestra muero!

Es notable también, aunque menos vigoroso que el de Lautaro, el discurso de Galbarino (1). No es

(1) Hemos escrito este nombre con *b* porque así lo trae Ercilla.

un clarín de batalla, sino la expresión dolorosa de la patria cautiva, el grito de un pueblo esclavizado por extranjeros codiciosos, lo que palpita en sus versos sonoros y sentidos. Hay en esta arenga más odio que patriotismo, más espíritu de venganza que anhelo de libertad .

Se explica porque el que habla es un cacique a quién bárbaramente, don García hizo cortar ambas manos y que al accionar con sus brazos mutilados, lanza los acentos de su rencorosa indignación, como una tormenta de venganza, sobre la Asamblea araucana que lo escucha silenciosa con los rostros inmutables y los pechos encendidos por la ira.

Discurso de Galbarino

Mirad mi cuerpo aquí despedazado,
miembro del vuestro que por más afrenta
me envían lleno de injurias al Senado
para que dellas sepa daros cuenta :
mirad vuestro valor vituperado,
y lo que en mí el tirano os representa,
jurando no dejar cacique alguno
sin desmembrarlos todos de uno en uno.

Por cierto bien en vano han adquirido
tanta gloria y honor vuestros agüelos,
y el araucano crédito subido

en su misma virtud hasta los cielos,
si agora infame, hollado y abatido
anda de lengua en lengua por los suelos,
y vuestra ilustre sangre resfriada
en los sucios rincones derramada.

¿Qué provincia hubo ya que no tremiese
de sólo nuestro nombre y voz temida,
ni nación que las armas no rindiese
por temor o por fuerza compelida,
arribando a la cumbre porque fuese
tanto de allí mayor nuestra caída,
y al término llegase el menosprecio
donde de los pasados llegó el precio?

Pues unos extranjeros enemigos
con título y con nombre de clemencia
ofrecen de acetaros por amigos
queriéndoos reducir a su obediencia;
y si no os sometéis, que con castigos
prometen oprimir vuestra insolencia,
sin quedar del cuchillo reservado
género, religión, edad, ni estado.

Volved, volved en vos, no déis oído
a sus embustes, tratos y marañas;
pues todos se enderezan a un partido
que viene a deslustrar vuestras hazañas:
que la ocasión que aquí los ha traído
por mares y por tierras tan extrañas,

es el oro goloso que se encierra
en las fértiles venas desta tierra.

Y es un color, es apariencia vana
querer mostrar que el principal intento
fué el extender la religión cristiana,
siendo el puro interés su fundamento:
su pretensión, de la codicia mana,
que todo lo demás es fingimiento,
pues los vemos que son más que otras gentes
adúlteros, ladrones, insolentes.

Cuando el siniestro hado y dura suerte
nos amenacen cierto en lo futuro,
podemos elegir honrada muerte,
remedio breve, fácil y seguro;
poned a la fortuna el hombro fuerte,
a dura adversidad, corazón duro,
que el pecho firme y ánimo invencible
allana y facilita aún lo imposible.

Es extraño que el poeta que tan firmes y enérgicos discursos puso en boca de Colocolo, Lautaro y Galbarino, no haya puesto otra arenga, sino superior a aquellas a lo menos semejante, en los labios de Caupolicán que ha sido la figura a la cual ha querido darle más importancia el poeta.

Lejos de eso, cuando habla Caupolicán, no arrastra ni conmueve, a lo más asombra por lo atrevi-

do de sus propósitos, cuales son de invadir a España y someter a Carlos V, y en un discurso final, al pie del cadalso afrentoso, sólo es un rendido que pronuncia palabras y emite conceptos inadecuados a la majestad de su figura epopéyica.

Al hablar sobre la verdad histórica del poema, volveremos a referirnos a este discurso y a la actitud final de este desgraciado caudillo.

Muy inferiores son los discursos que pronuncian los capitanes españoles. La arenga de Valdivia al acercarse a los numerosos escuadrones que lo esperaban en Tucapel, es fría y vacilante. No sabe qué partido tomar y lo confiesa a sus propias tropas diciéndoles:

Y pues tenemos tiempo y aparejo
será bueno tomar nuevo consejo.

.....
dudoso estoy, no sé, no sé qué haga
que a nuestro honor y causa satisfaga.

Villagrán, rodeado por las tropas de Lautaro en la cuesta de Andalicán, dirige también a sus soldados una pequeña arenga en cuyas estrofas se repiten algunos de los conceptos de Lautaro pero ya más diluído y sin novedad para el lector.

. caballeros, nadie tuerza
de aquello que a su honor es obligado
no os entreguéis al miedo, que es, yo os digo
de todo nuestro bien grande enemigo.

Sacudidle de vos y veréis luego
la deshonra y afrenta manifiesta:
mirad que el miedo infame, torpe y ciego
más que el hierro enemigo aquí os molesta.

.
¿A dó volvéis sin orden y sin tiento?
que los pasos tenemos impedidos.

.
Superior, en fuerza y sentimiento, a las arengas
españolas anteriores es la de la heroína doña Men-
cía de Nidos, dama de Concepción, que al ver huir
ante las huestes de Lautaro a los vecinos de la
ciudad sin pensar en resistir, se levanta del lecho
en que yacía enferma y tomando una espada, sale
al campo, ataja a los fugitivos y les dice:

¡Oh! valiente nación, a quien tan cara
cuesta la tierra y opinión ganada
por el rigor y filo de la espada!

Decidme ¿qué es de aquella fortaleza
que contra los que así teméis mostrastes?
¿qué es de aquel alto punto y la grandeza

de la inmortalidad a que aspirastes?
¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza
y el natural valor de que os preciastes?
¿A dónde váis cuitados de vosotros,
que no viene ninguno tras nosotros?

¡Oh! cuántas veces fuistes imputados
de impacientes, altivos, temerarios,
en los casos dudosos arrojados,
sin atender a medios necesarios,
y os vimos en el yugo traer domados
tan gran número y copia de adversarios
y emprender y acabar empresas tales,
que distes a entender ser inmortales!

Volved a vuestro pueblo ojos piadosos,
por vos de sus cimientos levantado;
mirad los campos fértiles viciosos
que os tienen su tributo aparejado;
las ricas minas y los caudalosos
ríos de arenas de oro y el ganado
que ya de cerro en cerro anda perdido
buscando a su pastor desconocido.

Hasta los animales, que carecen
de vuestro racional entendimiento,
usando de razón se condolecen
y muestran doloroso sentimiento;
los duros corazones se enternecen,
no usados a sentir, y por el viento

las fieras la gran lástima derraman,
y en voz casi formada nos infaman.

Dejáis quietud, hacienda, vida honrosa;
de vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
por ir a casa ajena embarazosa
a do tendremos mísera acogida;
¿qué cosa puede hacer más afrentosa
que ser huéspedes toda nuestra vida?
Volved, a los honrados vida honrada
les conviene, o la muerte acelerada.

Volved, no váis así de tal manera,
ni del temor os déis por tan amigos;
que yo me ofrezco aquí que la primera
me arrojaré en los hierros enemigos;
haré yo esta palabra verdadera,
y vosotros seréis dello testigos.
¡Volved! volved! gritaba, pero en vano,
que a nadie pareció el consejo sano.

RETRATOS

La Araucana, como los otros poemas épicos, tiene también retratos, pero debemos hacer algunas observaciones acerca de ellos.

Desde luego sólo tiene siluetas de héroes araucanos. No hay de mujeres, salvo la de Glaura.

Tampoco hay retratos de españoles.

En el Canto I hay una magnífica descripción de los araucanos, que puede considerarse como un retrato colectivo en el que aparecen los rasgos físicos y morales dominantes de este pueblo.

Retrato de los araucanos

Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de nervios bien fornidos,
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,

duros en el trabajo y sufridores
de fríos mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada,
ni extranjera nación que se jactase
de haber dado en sus términos pisada;
ni comarcana tierra que se osase
mover en contra y levantar espada:
siempre fué exenta, indómita, temida,
de leyes libre y de cerviz erguida.

Son notables los retratos de Caupolicán y de
Lautaro:

Retrato de Caupolicán

Tenía un ojo sin luz de nacimiento,
como un fino granate colorado;
pero lo que en la vista le faltaba
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
varón de autoridad, grave y severo,
amigo de guardar todo derecho,
áspero, riguroso, justiciero,
de cuerpo grande y relevado pecho,
hábil, diestro, fortísimo y ligero,
sabio, astuto, sagaz, determinado,
y en casos de repente reportado.

Retrato de Lautaro

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
de gran consejo, término y cordura,
manso de condición y hermoso gesto,
ni grande ni pequeño de estatura:
el ánimo en las cosas grandes puesto,
de fuerte trabazón y compostura,
duros los miembros, recios y nervosos,
anchas espaldas, pechos espaciosos.

Hay en la exposición de los rasgos salientes de Lautaro, una contradicción con los hechos.

Ercilla dice en este retrato que el joven toqui es manso de condición, y esta cualidad no la tuvo nunca. Lejos de eso, se hizo notar siempre por su espíritu belicoso, por la feroz inquina que tuvo a los españoles, a quienes no dejó un momento de reposo desde que tomó el mando de una parte de las huestes araucanas.

Se sabe que hasta los mismos indios le temían y sentían por él una especie de miedo supersticioso, por su actividad maravillosa y su trato cruel.

El Sr. Thayer Ojeda en su interesante trabajo sobre los héroes indígenas de La Araucana, apoyado en los documentos de don Toribio Medina, dice:

¿Cómo decir de Lautaro que era manso de condición cuando, según los contemporáneos, era inquieto, cruel y tenía fama de ser el indio más belicoso y que si no lo mataran, jamás habría habido paz en la tierra? (1)

Este retrato, pues, no es exacto, porque muchas de las verdaderas cualidades de Lautaro las dió Ercilla, como decimos en otra parte, a Caupolicán, cuando se vió obligado por las circunstancias a escogerlo para héroe principal del poema.

En unas fiestas de araucanos se distingue por su esfuerzo y gallardía el joven Orompello, de quien hace el poeta la siguiente simpática descripción:

Era Orompello mozo asaz valido,
que desde su niñez fué muy brioso,
manso, tratable, fácil, corregido,
y en ocasión, metido, valeroso;
de muchos en asiento preferido
por su esfuerzo y linaje generoso,
hijo del venerable Mauropande,
primo de Tucapel y amigo grande.

(1) T. THAYER OJEDA. Los héroes indígenas de La Araucana *Revista Chilena de Historia y Geografía*. Tomo XV. Pág. 306.

No hay otro retrato de mujer araucana que este magnífico medallón de Glaura, que predispone en favor de esta muchacha hermosa y bien formada, que el poeta parece que ha querido presentar como el tipo de la hermosura de la raza.

Era mochacha grande, bien formada,
de frente alegre y ojos extremados,
nariz perfecta, boca colorada,
los dientes en coral fino engastados;
espaciosa de pecho y relevada,
hermosas manos, brazos bien sacados,
acrecentando más su hermosura
de un natural donaire y apostura.

No hay ningún perfil de mujer española fuera de unas líneas dedicadas a doña Mencía de Nidos, la heroína de Concepción, que no alcanzan a formar siquiera un esbozo de esta simpática y varonil figura con que el poeta adorna una de las páginas más tristes de la reconquista indígena y del exodo español hacia el norte:

Doña Mencía de Nidos, una dama
noble, discreta, valerosa, osada,

es aquella que alcanza tanta fama
en tiempo que a los hombres es negada;
estando enferma y flaca en una cama,
siente el grande alboroto, y esforzada,
asiendo de una espada y un escudo,
salió tras los vecinos como pudo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

ESTILO Y DESCRIPCIONES

Los que riegan a La Araucana su carácter de epopeya se fundan, además de otras razones de que ya nos hemos hecho cargo, en que su estilo es pobre y sin la majestad que debe tener el poema épico.

Es cierto que el estilo de La Araucana es a veces vulgar y algunos de sus pasajes no son otra cosa que partes de una crónica rimada. Pero en conjunto, el estilo es cuidado, con figuras si no muy brillantes, por lo menos correspondientes a la importancia de los sucesos que narra.

Sus comparaciones y metáforas son tomadas de la naturaleza, como pasa en la mayor parte de las narraciones épicas. Los ríos, las montañas, las fieras, los astros, los vientos y las aves, son los puntos centrales de sus relaciones comparativas.

Cuando sale de la narración corrida de los sucesos y se remonta a las reflexiones filosóficas, describe alguna batalla o sorpresa, hace hablar algún

héroe o cuenta algún episodio, abandonando el camino llano, asciende triunfante hacia las cumbres de la poesía y tiene acentos y arranques propios de los grandes poetas épicos.

Sobre todo sus arengas y sus descripciones bélicas son modelos de majestad, emoción, viveza y movimiento.

Entre las descripciones sobresalen por la fuerza y el vigor la de la batalla de Tucapel en que, gracias a la intervención de Lautaro, fué derrotado y muerto el gran capitán Pedro de Valdivia; la de aquella sangrienta derrota que Lautaro infligió a Villagrán en la cuesta que hoy lleva su nombre y en la cual los araucanos se apoderaron hasta de los cañones españoles y persiguieron a los fugitivos hasta Concepción que tomaron y destruyeron, y la del asalto al Fuerte de Penco, a la llegada de Hurtado de Mendoza

Damos a continuación un trozo de la descripción de la batalla de Tucapel y otro del asalto al Fuerte de Penco:

Descripción de la batalla de Tucapel

Viendo Valdivia serle ya forzoso que la fuerza y fortuna se probase, mandó que al escuadrón menos copioso

y más vecino, a fin que no cerrase,
saliese Bobadilla, el cual furioso,
sin que Valdivia más le amonestase,
con poca gente y con esfuerzo grande,
asalta el escuadrón de Mareande.

La piquería del bárbaro calada,
a los pocos soldados atendía;
pero al tiempo del golpe levantada,
abriendo un gran portillo se desvía;
dáles sin resistir franca la entrada,
y en medio el escuadrón los recogía;
las hileras abiertas se cerraron,
y dentro a los cristianos sepultaron.

Como el caimán hambriento, cuando siente
el escuadrón de peces, que cortando
viene con gran bullicio la corriente,
el agua clara en torno alborotando;
que abriendo la gran boca, cautamente
recoge allí el pescado, y apretando
las cóncavas quijadas lo deshace,
y al insaciable vientre satisface;

pues de aquella manera recogido
fué el pequeño escuadrón del homicida
y en un espacio breve consumido,
sin escapar cristiano con la vida;
ya el araucano ejército movido
por la ronca trompeta obedecida,

con gran estruendo y pasos ordenados cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada, tendía el paso con más atrevimiento; viéndola así Valdivia adelantada, no escarmentado, manda a su sargento, que, escogiendo la gente más granada, dé sobre ella con recio movimiento; pero diez españoles solamente pusieron a la muerte osada frente.

Contra el escuadrón bárbaro importuno ir se dejan sin miedo a rienda floja y en el encuentro de los diez, ninguno dejó allí de sacar la lanza roja; desocupó la silla solo uno, que con la basca y última congoja de la rabiosa muerte el pecho abierto, sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve después también cayeron, haciendo tales hechos señalados, que digna y justamente merecieron ser de la eterna fama levantados: hechos pedazos todos diez murieron, quedando de su muerte antes vengados: en esto la española trompa oída dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte

los dientes y las lanzas apretando,
que de cuatro escuadrones, al más fuerte.
le van un largo trecho retirando:
hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
piernas, brazos, cabezas cercenando;
los bárbaros por eso no se admiran,
antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
perdone Dios a aquel que allí cayere;
del un bando y del otro así se ofende,
que de ambas partes mucha gente muere:
bien se estima la plaza y se defiende;
volver un paso atrás ninguno quiere;
cubre la roja sangre todo el prado,
tornándole, de verde, colorado.

Del rigor de las armas homicidas
los templados arneses retiñían,
y las vivas entrañas escondidas
con carniceros golpes descubrían:
cabezas de los cuerpos divididas,
que aún el vital espíritu tenían,
por el sangriento campo iban rodando,
vuelos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
todo en color de sangre lo convierte;
siempre el acometer es más furioso,
pero ya el combatir es menos fuerte:

ninguno allí pretende otro reposo que el último reposo de la muerte, el más medroso atiende con cuidado a sólo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente crió en los nuestros fuerza tan extraña, que con deshonra y daño de la gente pierden los araucanos la campaña; al fin dan las espaldas; claramente suenan voces: ¡victoria! ¡España! España! mas el incontrastable y duro hado dió un estraño principio a lo ordenado.

Asalto de los araucanos al fuerte de Penco.—Hazañas de Gracolano y Tucapel

FRAGMENTOS DE LOS CANTOS XIX Y XX

El nuevo Gobernador, don García Hurtado de Mendoza, al desembarcar en Talcahuano, hizo construir un fuerte que le permitiera esperar con confianza la llegada de su caballería que venía por tierra y sin la cual no podía pénétrar con buen éxito en las tierras de Arauco.

Este fuerte estaba rodeado de un ancho foso y defendido por una alta muralla, en la cual asomaban sus bocas 8 piezas de artillería.

Los araucanos, divididos en tres escuadrones al mando de Caupolicán, cayeron de improviso sobre la fortaleza, y la atacaron a pechos descubiertos.

Entre los caudillos más animosos venían Tucapel, ya conocido por sus proezas y Gracolano, joven impetuoso, que había jurado llegar hasta el corazón mismo del fuerte español, abriéndose paso por entre los hierros enemigos, con la punta de su lanza y el esfuerzo de su brazo.

Luego que en la montaña, en lo más alto, tres gruesos escuadrones parecieron, juntos a un mismo tiempo hicieron alto y el sitio desde allí reconocieron: visto el foso y el muro, el fiero asalto dada la seña, todos tres movieron, esgrimiendo las armas de tal suerte que a nadie reservaban de la muerte,

El mozo Gracolano, no olvidado de la arrogante oferta y gran promesa, de varias y altas plumas rodeado, blandiendo una tostada pica gruesa, venía de ellos gran trecho adelantado, rompiendo por el humo y lluvia espesa de las balas y tiros arrojados por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando

la larga pica, arremetió furioso,
y en tierra el firme regatón fijando,
atravesó de un salto el ancho foso:
y por la misma pica gateando
arriba sobre el muro vitorioso,
a pesar de las armas contrapuestas,
lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido
la barrera embistió tan impaciente,
ni fué con tanta fuerza resistido
de espesas armas y apiñada gente,
como el gallardo bárbaro atrevido,
que temeraria y venturosamente,
rompiendo, al parecer, lo más seguro,
sube por fuerza al defendido muro,

donde sueltas las armas empachadas,
que aprovecharse dellas no podía,
a bocados, a coces y a puñadas
ganar la plaza el solo pretendía.

Los tiros, golpes, botes y estocadas,
con gran destreza y maña rebatía,
poniendo pecho y hombro suficiente
al ímpetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, a pie quedo,
sin ellas su promesa sustentaba,
y con gran pertinacia y poco miedo
de morir más adentro procuraba;

y en el vano propósito y denuedo,
herido ya en mil partes, porfiaba:
que su loca fortuna y diestra suerte
tenían suspenso el golpe de la muerte.

Así que en la demanda necia instando,
se arroja entre los hierros y se mete,
cual perro espumajoso, que rabiando
a donde más le hieren arremete:
y el peligro y la vida despreciando,
lo más dudoso y áspero acomete,
desbaratando en torno mil espadas
al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo, y tratado
según la temeraria confianza,
no de su pretensión desconfiado,
mas con alguna menos esperanza,
a los brazos cerró con un soldado,
y de las manos le sacó la lanza,
sobre la cual echándose en un punto
pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna, ya cansada
de serle curadora de la vida,
dió paso en aquel tiempo a una pedrada
de algún gallardo brazo desprendida,
que en la cóncava sien la arrebatada
piedra gran parte le quedó sumida,

trabucándole luego de lo alto,
yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio que, volando
la tímida paloma por el cielo,
con gran presteza el corvo arco flechando
la atravesó en la furia de su vuelo,
que, retorciendo el cuerpo y revolando,
como redondo ovillo vino al suelo:
así el herido mozo en descubierto
dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y seis heridas justamente
cayó el mísero cuerpo atravesado,
sin el último golpe de la frente,
que el número cerró ya rematado:
y la pica que el bárbaro valiente
de franca y buena guerra había ganado,
quedó arrimada al foso de manera
que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el joven Pinol que prometido
había de acompañarle en el asalto,
y con él hasta el foso arremetido,
aunque no se atrevió a tan grande salto,
como al valiente amigo vió tendido,
y descubrir la pica por lo alto,
la arrebató tomando por remedio
poner con pies ligeros tierra en medio.

Mas como no haya maña ni destreza

contra el hado preciso y dura suerte,
ni bastan prestos pies ni ligereza
a escapar de las manos de la muerte:
que al que piensa huir, con más presteza
le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
como al ligero bárbaro le avino
en mudando propósito y camino:

que apenas cuatro pasos había dado,
cuando dos gruesas balas le cogieron
y de la espalda al pecho atravesado
a un tiempo por dos partes le tendieron.
No dió el alma tan presto que un soldado
de dos que a socorrerle arremetieron,
de la costosa lanza no trabase
y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando,
la gruesa pica en alto levantaron
y a toda furia en hila igual cerrando,
al foso con gran ímpetu llegaron,
donde forzosamente reparando
la munición y flechas descargaron
en tanta multitud que parecían
que la espaciosa tierra y sol cubrían.

Pues en esta sazón Martín de Elvira
(que así nuestro español era llamado)
de lejos la perdida lanza mira
que el muerto Gracolan le había ganado:

con loable vergüenza ardiendo en ira,
de recobrar su honor deliberado,
por una angosta puerta que allí había
solo y sin lanza a combatir salía.

Con un osado joven, que delante
venía la tierra y cielo despreciando,
de proporción y miembros de gigante,
un asta de dos costas blandiendo,
que acá y allá con término galante
la gruesa y larga pica floreando,
ora de un lado y de otro, ora derecho
quiso tentar del enemigo el pecho,

tirando un recio bote, que cebado
le retrujo seis pasos, de tal suerte
que el gallardo español desatinado,
se vió casi en las manos de la muerte;
pero como animoso y reportado,
haciendo recio pie, se tuvo fuerte
pensando asir la pica con la mano,
mas este pensamiento salió vano:

que el bárbaro advertido diestramente,
dió un gran salto hacia atrás cobrando tierra
y blandiendo la pica reciamente
quiso con otro rematar la guerra.

El español mañoso y diligente
dándole lado, de la pica afierra

y aguijando con ella, a su despecho,
cerró presto con él, pecho con pecho.

Y habiendo con presteza arrebatado
una secreta daga que traía,
cinco veces o seis por el costado
del bravo corazón tentó la vía.

El bárbaro mortal, ya desangrado
por todas, la furiosa alma rendía,
cayendo el cuerpo inmenso en tierra frío,
ya de sangre y espíritu vacío.

El valiente español que vió tendido
a su enemigo y la vitoria cierta,
cobró la pica y crédito perdido,
retrayéndose ufano hacia la puerta:
donde por los amigos conocido,
fué sin contraste en un momento abierta,
y dentro recibido alegremente
con grande aplauso y grito de la gente.

En este tiempo ya por todos lados
la plaza los contrarios expugnaban
que, a vencer o morir determinados,
por los fuegos y tiros se lanzaban:
y encima de los muertos hacinados,
los vivos a tirar se levantaban,
de donde más la cierta puntería
el encubierto blanco descubría.

Unos con ramas, tierra y con maderos

ciegan el hondo foso presurosos:
otros que más presumen de ligeros
hacen pruebas y saltos peligrosos:
y los que les tocaba ser postreros,
de llegar a las manos deseosos,
tanto el ir adelante procuraban
que dentro a los primeros arrojaban.

Más de los muchos muertos y heridos
de nuestros arcabuces de mampuesto,
y de otros arrojados y caídos
el foso se cegó y allanó presto:
por do los enemigos atrevidos
arremetieron, el temor pospuesto,
llegando por las partes más guardadas
a medir con nosotros las espadas.

Y prosiguiendo en el osado intento,
de nuevo empiezan un combate duro:
más otros con mayor atrevimiento
trepaban por las picas sobre el muro:
que al bárbaro furor y movimiento
ningún alto lugar había seguro,
ni parte por más áspera que fuese,
donde no se escalase y combatiese.

Los nuestros sobre el muro amontonados
los rebaten, impelen y maltratan,
y con lanzas y tiros arrojados
los derriban abajo y desbaratan:

más poco los demás amedrentados
la difícil subida no dilatan,
antes procuran luego embravecidos
ocupar el lugar de los caídos.

Unos así tras otros procediendo,
ganosos de honra y de temor desnudos,
siempre la priesa y multitud creciendo,
crece la furia de los golpes crudos.
Los defendidos términos rompiendo,
cubiertos de sus cóncavos escudos,
nos pusieron en punto y apretura
que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo, Tucapel furioso
apareció gallardo en la muralla,
esgrimiendo un bastón fuerte y ñudoso
todo cubierto de luciente malla:
como el león de Livia vedijoso,
que, abriendo de la tímida canalla
el tejido escuadrón, con furia horrenda
desembaraza la impedida senda,
así el furioso bárbaro arrogante
discurre por el muro derribando
todo lo que allí coge por delante,
su misma gente y armas tropellando.
Quisiera tener lengua y voz bastante
para poder en suma ir relatando
el singular esfuerzo y valentía

que el bravo Tucapel muestra este día.

No las espesas picas ni pertrechos
bastan puestas en contra a resistirle,
ni fuertes brazos ni robustos pechos,
pueden acometiéndole impedirle:
que montones de gente y armas hechos,
rompe y derriba sin poder sufrirle:
y aun no contento desto osadamente
se arroja dentro en medio de la gente.

Y al peligro las fuerzas añadiendo,
la poderosa maza rodeaba,
unos desbaratando, otros rompiendo:
siempre más tierra y opinión ganaba.
Al fin los duros golpes resistiendo,
por las armas y gente atravesaba
hiriendo siempre a diestro y a siniestro
con grande riesgo suyo y daño nuestro.

También hacia la banda del poniente
había Peteguelen arremetido,
y, a despecho y pesar de nuestra gente,
en lo más alto del bastión subido:
que el valeroso corazón ardiente
le había por las entrañas esparcido
un belicoso ardor, como si fuera
en la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró, que a poca pieza
le arrebató una bala desmandada

de los dispuestos hombros la cabeza,
rematando su próspera jornada:
tras ésta disparó luego otra pieza,
hacia la misma parte encaminada,
llevando a Guampicol que le seguía
y a Surco, Longomilla y Leboya.

.....

.....

Por otra parte, arriba en la muralla,
siempre con rabia y priesa hervorosa,
andaba muy reñida la batalla,
y la vitoria en confusión ruidosa:
vuela en el aire la cortada malla,
y de sangre caliente y espumosa
tantos arroyos en el foso entraban
que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de ambas las partes reciamente
por la plaza y honor se contendía:
quien sobre el muerto sube diligente
quien muerto sobre el vivo allí caía.
Don García de Mendoza osadamente
su cuartel con esfuerzo defendía,
al gran furor y bárbara violencia
haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado a la otra mano,
don Francisco de Andia y Espinosa,
y don Simón Pereira, lusitano,

don Alonso Pacheco y Ortigosa,
contrapuestos al ímpetu araucano,
hacían prueba de esfuerzo milagrosa,
resistiendo a gran número la entrada,
a pura fuerza y valerosa espada.

.....

.....

Tanto el daño creció, que de aquel lado
los fieros araucanos aflojaron,
y rostro a rostro, en paso concertado,
quebrantado el furor se retiraron:
los otros, visto el daño no pensado,
también del loco intento se apartaron:
quedando Tucapel dentro del fuerte
hiriendo, derribando y dando muerte.

.....

.....

El cual, como encerrada bestia fiera,
ora de aquella y ora desta parte
abre sangrienta y áspera carrera
y por todas el daño igual reparte,
con un orgullo tal que acometiera
allá en su quinto trono al fiero Marte
si viera modo de subir al cielo,
según era gallardo de cerbelo.

Mas viéndose ya solo y mal herido,
y el ejército bárbaro deshecho

y todo el fiero hierro convertido
contra su fuerte y animoso pecho,
se retrujo a una parte en la cual vido
que el cerro era peinado y muy derecho,
sin muro de aquel lado, donde un salto
había de más de veinte brazas de alto.

Como si en tal sazón alas tuviéran
más seguras que Dédalo las tuvo,
se arroja desde arriba de manera
que parece que en ellas se sostuvo:
hizo prueba de sí fuerte y ligera,
que el salto, aunque mortal, en poco tuvo,
cayendo abajo el bárbaro gallardo
como una onza ligera o suelto pardo.

Más bien no se lanzó, que en seguimiento
infinidad de tiros le arrojaron,
que aunque no le alcanzara el pensamiento
antes que fuese abajo le alcanzaron:
fué tanto el descargar que en un momento
en más de diez lugares le llagaron
pero no de manera que cayese
ni un solo paso, y pie descompusiese.

Viéndose abajo y tan herido, luego
del propósito y salto arrepentido,
abrasado en rabioso y vivo fuego,
terrible y más que nunca embravecido,
quisiera revolver de nuevo al juego

y vengarse del daño recibido ;
más era imaginarlo desatino
que el cerro era tajado y sin camino.

Cinco o seis veces la difícil vía
y de fortuna el crédito tentaba,
que fácil lo imposible ver le hacía
el coraje y furor que le incitaba :
por un lado y por otro discurría,
todo de acá y de allá lo rodeaba,
como el hambriento lobo encarnizado
rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin que era designio vano
y de tiros sobre él la lluvia espesa,
retirándose a un lado vió en el llano
la trabada batalla y fiera priesa :
y como el levantado halcón lozano,
que, yendo alta la garza, se atraviesa
el cobarde milano, y desde el cielo
cala a la presa con furioso vuelo,
así el gallardo Tucapel, dejado
el temerario intento infructuoso,
revuélvè a la otra banda encaminado
al reñido combate sanguinoso :
en esto el bando infiel desconfiado,
de mucha gente y sangre perdidoso,
se retiró siguiendo las banderas
que iban marchando ya por las laderas.

No por eso torció de su demanda
un solo paso el bárbaro valiente,
antes recio embistió por una banda,
tropellando de golpe mucha gente,
y dándoles terrible escurribanda,
pasó de una cabo a otro francamente,
hiriendo y derribando de manera
que dejó bien abierta la carrera.

Quien queda allí estropeado, quien tullido,
quien se duele, quien gime, quien se queja,
quien cae acá, quien cae allá aturdido,
quien haciéndole plaza de él se aleja;
y en el largo escuadrón de armas tejido
un gran portillo y ancha calle deja
con el furor que el fiero rayo aprieta
rompe el aire apretado y nube espesa.

De tal manera Tucapel, abriendo
de parte a parte el escuadrón cristiano,
arriba a los amigos que siguiendo
iban la retirada a paso llano,
con el concierto y orden procediendo
que vemos ir las grullas el verano
cuando de su tendida y negra banda
ninguna se adelanta ni desmanda.

El hecho de describir las hazañas de los araucanos no quiere decir que Ercilla haya callado las de los españoles.

En numerosos encuentros describe con entonación épica el ímpetu y la bravura incontenibles de aquellos hombres que, después de haber peleado gloriosamente con los más aguerridos ejércitos de Europa, venían, muchos de ellos, a caer oscuramente luchando por su rey y por su religión, bajo los espejismos variantes del oro y de la fama, atravesados por las lanzas o derribados por las clavas de estos salvajes indomables.

Allí están los esfuerzos de Valdivia en Tucapel, las hazañas de Juan Gómez de Almagro, uno de los 14 de la Fama en la epopeya de Purén, las proezas desesperadas de Villagrán en la cuesta de su nombre, y las de cien héroes más en estas guerras de acechanzas y emboscadas; pero, es cierto que sus figuras no tienen el relieve que el poeta ha prestado a los caudillos araucanos.

Damos un fragmento de la batalla de los 14 de la Fama. Canto IV.

Los caballos en esto apercibiendo,
firmes y recogidos en las sillas,
sueltan las riendas y los pies batiendo,
parten contra las bárbaras cuadrillas;
las poderosas lanzas requiriendo,
afiladas en sangre las cuchillas,
llamando en alta voz a Dios del cielo.

hacen gemir y retumbar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas
los bárbaros las picas al momento,
de la suerte que suelen las espigas
derribarse al furor del recio viento;
no bastaron las armas enemigas
al ímpetu español y movimiento,
que los nuestros rompieron por un lado,
dejando el escuadrón aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
lejos las rotas lanzas arrojadas,
vuelven al enemigo y fiero bando,
en alto ya desnudas las espadas;
otra vez arremeten no bastando
infinidad de puntas enastadas,
puesta en contra de la airada gente,
a que no se mezclasen igualmente.

Los unos, que no saben ser vencidos,
los otros a vencer acostumbrados,
son causas que se aumenten los heridos,
y que bajen los brazos más pesados;
de llamas los arneses encendidos,
con gran fuerza y presteza golpeados,
formaban un rumor que el alto cielo
del todo parecía venir al suelo.

.....

Cortés y Pero Niño por un lado
hacen un fiero estrago y cruda guerra;
Morán, Gómez de Almagro y Maldonado
siembran de cuerpos bárbaros la tierra;
el Herrero, como hombre acostumbrado
y diestro en golpear, mata y atierra;
pues Nereda también, que era maestro,
hiere, derriba a diestro y a siniestro.

Como si fueran a morir desnudos,
las rabiosas espadas así cortan;
con tanta fuerza bajan golpes crudos,
que poco fuertes armas les importan;
lo que sufrir no pueden los escudos
los insensibles cuerpos lo comportan,
en furor encendidos, de tal suerte,
que no sienten los golpes ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados,
con poderosos golpes los martillan,
y de muchos con fuerza redoblados
los cargados caballos arrodillan;
abollan los arneses relevados,
abren, desclavan, rompen, deshevillan;
ruedan las rotas picas y celadas
y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya, combatiendo y derribando,
anima con hervor los escuadrones,
contra su fuerza y maza no bastando

de crestas altas fuertes morriones.
Cortés un golpe suyo reparando,
la cabeza inclinó entre los arzones,
llevándole el caballo medio muerto,
suelto el freno corriendo a campo abierto.

Con el cuello inclinado, adormecido,
acá y allá el caballo le traía,
pero tornando luego en su sentido,
vergonzoso las riendas recogía;
vuelve a buscar aquel que le ha herido
y al punto que miró, le conocía,
que al mayor araucano que allí andaba
de los hombros arriba le llevaba.

Conócelo también en la braveza
que mostraba, animando allí su gente,
y en la facilidad y ligereza
con que esgrime la maza diestramente.
Como suelto lebel por la maleza
se arroja al jabalí fierro y valiente,
así asalta Cortés al araucano,
la adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al través le hirió por un costado,
no le valiendo el coselete duro;
más de aquella manera le ha mudado,
que mudara un peñasco o fuerte muro;
pasa recio el caballo espoleado,

y Cortés de Lincoya ya seguro,
por medio de la espesa escuadra hiende,
y al un lado y al otro muchos tiende.

Almagro, cuerpo a cuerpo, combatía
con el joven Guacón, soldado fuerte,
pero presto la lid se decidía,
que poco se mostró neutral la suerte;
de un golpe Almagro al bárbaro hería,
por donde una ancha puerta abrió a la muerte
sale de ella de sangre roja un río,
y ocupa el desangrado cuerpo el frío.

.....
Tanto el tesón entre ellos ha durado
que espanta cómo alzar pueden los brazos;
estaban por el uno y otro lado
de amontonados cuerpos los ribazos.
El sol había en su curso declinado
cuando ya sin vigor, hechos pedazos,
de manera igualmente enflaquecían,
que moverse adelante no podían.

Como el aliento y fuerzas van faltando
a dos valientes toros animosos
cuando en la fiera lucha porfiando
se muestran igualmente poderosos,
que se van poco a poco retirando
rostro a rostro con pasos perezosos,
cubiertos de un humor y espeso aliento

y esparcen con los pies la arena al viento ;
los dos puestos así se retiraron,
sin sangre y sin vigor, desalentados,
que jamás las espaldas se mostraron
mas siempre frente a frente careados ;
ambos a un mismo tiempo repararon,
a un punto hicieron alto, y desviados
los unos de los otros tanto estaban,
que aun un tiro de flecha no distaban.

VERSIFICACION

El poema está escrito en octavas reales, manejadas, por regla general, por una mano ejercitada y maestra en la versificación.

Los endecasílabos de Ercilla están hechos con facilidad, con pocas transposiciones y asperezas.

Sin embargo, hay algunos defectuosos, empezando por aquel que todos conocemos:

Cien millas por lo más ancho tomado

en que el acento necesario que va en *más* está debilitado por la proximidad del que cae en la palabra *ancho*, que debía ser la voz tónica de aquella parte del verso. Para que el verso suene bien es preciso hacer esfuerzo notable sobre *más*.

El mismo defecto tiene el endecasílabo siguiente:

que el mismo rumbo mil leguas camina

en que el acento necesario de la 6.^a sílaba cae sobre el adjetivo *mil*.

Y este otro:

pensando que pues va a vos dirigido
en que es intolerable ese *pues va a vos*.

De trecho en trecho nos encontramos con algunos versos que parecen defectuosos y no lo son vgr:

Al caballo con ánimo hiriendo
estaba como digo así hablando

en estos versos la h tiene un sonido aspirado semejante al de la j y por consiguiente evita la sinalefa.

En la época anteclásica era común formar un diptongo de las formas en *ía* vgr: *había*, se decía, *había* o *habié*; y *habían*, *habían* o *habién*..

Los poetas del siglo XVI conservaron este uso que se ve en Garcilaso en la Egloga I en donde leemos este verso:

que *había* de ser con largo apartamiento.

Ercilla ha llevado más lejos la licencia, formando diptongos en palabras que no son formas verbales.

En el canto III tiene este verso:

La piquería del bárbaro calada.

Algunas veces el poeta usaba las dos acentuaciones.

Así en el mismo canto, estrofa de por medio, tiene estos dos versos:

Doña Menciá de Nidos, una dama
Pero con más dolor doña Mencia
Con la espada desnuda lo impedía

Y en este camino Ercilla llega hasta hacer monosílabo a *día*:

Con sordo vuelo el claro *día* sereno

Algunas veces hallamos versos muy pobres, compuestos sólo de nombres propios, agrupados de tal manera que más bien parecen un juego pueril que una destreza métrica.

En el Canto IX termina una estrofa con estos versos:

Ongolmo, Lemolemo y Lebopía,
Caniomangue, Elicura y Mareguano,
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcano, Leucotón y Mareande.

Y en el XXV otra con los siguientes:

También hacen efecto y mucho daño
Reinoso, Peña, Córdoba, Miranda,
Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martín Ruiz y Juan López de Gamboa.

La Araucana consta de 37 cantos, distribuidos en tres partes que se publicaron en las fechas indicadas en la Biografía.

LOS HEROES ARAUCANOS

Ercilla colocó a los araucanos en tan alto lugar, por haber sido testigo de sus hazañas, más grandiosas que las de los conquistadores de Arauco, pues hombres desnudos y casi inermes resistieron primero y después vencieron varias veces a los soldados más famosos de Europa.

Por eso se explica que, dejándose llevar de esta admiración, haya hecho retratos briosos y descripciones pintorescas de los jefes indígenas y apenas haya esbozado las siluetas principales de los castellanos.

Ercilla, es testigo de la inteligencia guerrera de estos salvajes que, en poco tiempo, aprendieron el manejo de los caballos y se apoderaron de las espadas, lanzas y escudos de los españoles, y prepararon atrevidos medios de defensa y de ataque que les dieron, en ocasiones, triunfos desconcertantes e inesperados: hicieron fosos, albarradas, lazos, trampas y coseletes de cuero, contra las lanzas y

hasta contra las balas de arcabuz, y sobre todo esto, desplegaron una táctica formidable de combate que sorprendía a sus invasores.

Entre estos guerreros sobresalieron los caciques Caupolicán, Lautaro, Colocolo, Tucapel y Rengo, que se distinguieron separadamente por sus cualidades personales, y todos juntos forman un grupo formidable de fuerza, talento y bravura, digno de ser esculpido por un mago del mármol o del bronce.

Caupolicán, elegido toqui por la asamblea araucana, representa la fuerza y la constancia llevadas a extremos increíbles.

Caupolicán, severo y majestuoso, con el tronco al hombro, frente a un pueblo arrebatado y suspenso ante tal hazaña, es la figura épica más grande del poema.

Es el jefe fuerte, digno de mandar a un pueblo de héroes. Y lo manda y lo conduce a la victoria, hasta que la traición que era lo único que podía vencerlo, lo entrega a sus enemigos, uno de los cuales, indigno de ser llamado hispano, lo condena a una muerte afrentosa y horrible.

Sin duda que la figura histórica del poema es Lautaro. El debió ser el héroe principal de la epopeya araucana, pero no lo fué porque su vida de caudillo y su actuación heroica en las batallas, ha-

bía ya terminado con la muerte, cuando Ercilla llegó a Chile.

Lautaro aprendió entre sus amos, los españoles, pues era caballerizo de Valdivia, la manera de combatir con éxito contra ellos. Conoció los caballos y enseñó su manejo a algunos de sus capitanes.

En la batalla de Tucapel, casi ganada por los castellanos, salta al campo de la lucha, llama con enérgicas palabras a los que huyen, restablece el orden en los escuadrones araucanos que lo siguen otra vez al ataque de los jinetes enemigos, hasta lograr la victoria más completa que hasta entonces habían ganado los guerreros de Arauco.

Elegido segundo jefe por Caupolicán, derrotó completamente a Villagrán en la cuesta de Andalicán, destruyó a Concepción, y al frente de una hueste de escogidos mocetones, caballero en un brioso corcel, y blandiendo una pesada lanza castellana, marchó con inconcebible audacia a la conquista de Santiago, y si la traición no hubiera guiado los pasos de Villagrán en aquella noche aciaga del fuerte de Mataquito en que rindió el joven héroe su vida, combatiendo desnudo ante los golpes de sus enemigos, es probable que hubiera dado mucho que hacer con su genio militar a los conquistadores.

Así como Lautaro es el símbolo de la juventud ardorosa, del amor patrio juvenil, Colocolo repre-

senta el buen sentido y la experiencia que dan los años. Es el Néstor de la epopeya de Arauco.

Gracias a su prudencia se evitó la guerra civil que estuvo a punto de estallar en la elección de toqui.

Bien sabía que nadie podía competir en vigor y fortaleza con el cacique de Pilmaiquén, que fué inmortalizado por el poeta con el nombre de Caupolicán.

Rengo y Tucapel son los más briosos representantes del vigor de la raza.

Tucapel a quien dice el poeta que conoció en el asalto del fuerte de Penco y cuya actuación parece la de un formidable guerrero de la época caballeresca que asalta un castillo al frente de sus hordas, es digno émulo de aquel salvaje membrudo que se llamó Rengo, cuya fuerza y decisión eran tan grandes, que él solo, como uno de los paladines del Orlando, contuvo las fuerzas castellanas en una ocasión memorable que el poeta cuenta en el Canto XXII.

A estos héroes principales debemos agregar al indómito Galbarino, que, después de haber sufrido estoicamente la mutilación de sus dos brazos, vuelve al campo araucano, predica la guerra con nuevos bríos y, tomado en un nuevo combate, desafía a los españoles y muere colgado de un árbol, admi-

rando a sus enemigos con la fiera actitud de su heroísmo.

Son también dignos de mención, el valiente Lincoya y el joven Orompello de esfuerzo y de linaje generoso.

LAS MUJERES DE LA ARAUCANA

Tres son las principales figuras femeninas que se destacan entre la huraña multitud guerrera de los caciques de Arauco, semejantes a las olorosas matas de laurel que perfuman los toscos y tupidos malezales de sus ásperas montañas:

Cada una es un símbolo. Representa un aspecto determinado de las pasiones que agitan los rudos corazones de aquellos luchadores legendarios.

Guacolda es el amor pasional; Teguvalda, el dolor y Fresia, el patriotismo.

Guacolda es joven, hermosa, amante. Acompaña al nuevo Aquiles de Arauco en todas sus audaces correrías. Y cuando el joven ulmen regresa victorioso, blandiendo la lanza castellana roja todavía en la sangre de sus antiguos señores, ella le brinda las dulces cadenas de sus brazos, única esclavitud que el héroe enamorado acepta. Y amorosa y solícita, lo cuida y lo vigila con los ojos húmedos de pasión y de ternura, hasta la noche aquella en que

el toqui no escuchó los ruegos para armarse que le hacía su boca enamorada, en un supremo gesto de amargura, herida por los presentimientos de sus sueños.

Y cuando al sonar de los tambores y a los gritos de los suyos, el caudillo es tumbado por la muerte en el umbral de su ruca, ella debió morir también sobre su cuerpo como las enamoradas de los trágicos poemas.

Pero el poeta la hace desaparecer calladamente en la balumba del combate, sin volver a acordarse más de ella, así como nadie toma en cuenta a la humilde flor del copihue que, cortadas ya las guías que la unían al roble en que viviera, se marchita y se muere, envuelta entre las ramas del gigante que derribara el hacha en la montaña.

Tegualda, realizando la imagen dolorosa del poeta, se le presenta con su silueta envuelta en oscuros ropajes, una noche sobre el abandonado campo de batalla, deslizándose furtiva como una sombra fúnebre entre los cuerpos muertos que se agrupaban sobre los sangrientos jarales de la vega.

Hay sangre en sus manos de tanto hurgar heridas entreabiertas, y llanto en sus ojos de tanto llorar sus penas amorosas.

Su voz encierra los dolores de Hero sin Leandro,

de Psiquis ante el dios alado que se esfuma, abandonando el lecho de amor en que durmiera.

Es la heroína del dolor, que pone en esta parte del poema una pincelada de ternura que permite apreciar la nobleza caballeresca del alma del poeta.

Fresia es la heroína del amor patrio y de la libertad, que desprecia a Caupolicán cautivo y arroja a su propio hijo a los pies del marido que no ha sabido defender, como cumplía a su gloria y a su deber, la libertad del suelo araucano.

Fresia recuerda con su actitud, que algunos han discutido, a las heroicas mujeres espartanas, para quienes la vida de los esposos y de los hijos valía menos que los laureles conquistados para la patria.

Para ella no existe tampoco ni el amor conyugal ni el cariño del hijo nacido de sus entrañas. Su alma grande y rústica está plena del amor a la patria y no puede dar entrada a los afectos naturales de la vida.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

VALOR HISTORICO DEL POEMA

La Araucana escrita por un testigo de los hechos, tiene el valor de una crónica en cuanto a la cronología y a la geografía, como también en lo que toca a los personajes españoles que actuaron en la guerra.

Los cronistas posteriores han estudiado el poema y comprobado varias de sus afirmaciones, y algunos hechos apuntados por el poeta, han servido después de punto de partida para algunas investigaciones históricas.

Mariño de Lobera lo sigue en muchas partes; lo cita Pérez García, y Góngora de Marmolejo que no conocía sino la primera parte de la Araucana, relata hechos enteramente conformes con muchos relatados por Ercilla en la 2.^a parte; pero en la 3.^a lo contradice algunas veces, sobre todo en lo relativo a Caupolicán y finalmente el Sr. Crescente Errázuriz dice en la introducción de su libro Don García de Mendoza, pág. 8: «A medida que dismi-

nuye la importancia de la Crónica de Mariño de Lobera, se aumenta el valor histórico de La Araucana».

Si en cuanto a los sucesos históricos se puede tener plena fe en la narración del poeta, no sucede lo mismo en lo que respecta a las costumbres y a la psicología del pueblo araucano, que Ercilla no estudió suficientemente o alteró para dar mayor grandeza a sus héroes o para encuadrarlos en las ideas dominantes de los conquistadores.

Así el cronista Mariño de Lobera pone en duda la manera cómo se llevó a cabo la elección de Toqui en que salió designado Caupolicán. Cree que la prueba del madero ha sido creada por la imaginación del poeta porque no era esa la costumbre seguida en casos semejantes.

Se le ha criticado que haya dado a los araucanos una mentalidad semejante a la de los españoles, cuando eran un pueblo rudo y primitivo de una ideología muy limitada.

Así, el Sr. Barros Arana, en las páginas 422 y 423 de su Historia General de Chile, aún cuando reconoce que La Araucana es ordinariamente un documento de incontestable valor histórico, dice que Ercilla ha presentado a los indígenas movidos por altos sentimientos, que no se hallan en las civilizaciones inferiores.

Lo mismo expone el Sr. Tomás Guevara en el tomo V de su Historia de la Civilización de La Araucanía, en el que trae un interesante trabajo sobre esta materia.

Pero esto no quiere decir que se niegue a los héroes araucanos, el sentimiento patrio de que hablan los cronistas y los testigos de esta guerra memorable, y que fué la característica de esta raza de valientes; sólo se le critica al poeta, que haya revestido la expresión de estos sentimientos con el ropaje que usan los civilizados.

Ercilla, como poeta épico, no pudo hacer otra cosa. Si hubiera pintado a sus héroes tales como eran, el poema habría sido sólo una larga exposición de actos rudos y simples que, al fin, habrían cansado por su monotonía.

Impregnado el poeta de la lectura de las epopeyas clásicas y del Ariosto, vió que le era fácil revestir a sus héroes de los caracteres y cualidades caballerescas, sin estar expuesto a que lo desmintieran, a causa de lo desconocido que eran los salvajes araucanos, por la enorme distancia que de España los separaba. De ahí vino que no se preocupó mucho de ser exacto en aquello que no favorecía a la belleza de las escenas que narraba. El sólo buscó situaciones interesantes, aún cuando no fueran verdaderas.

Así en el episodio de Tegalda, cuando ésta cuenta su historia al poeta, habla de torneos y certámenes celebrados entre los guerreros de Arauco, en todo semejantes a los que celebraban en Europa en la época caballeresca.

Había premios de joyas, coronas de flores puestas en las frentes de los campeones vencedores por doncellas hermosas que ardían de amor secreto por algunos de ellos. Todo esto es inverosímil. Las mujeres araucanas vivían en un estado cercano a la esclavitud lo que hace inaceptable el papel que en estas fiestas les asigna Ercilla.

Los matrimonios no se verificaban con esos preliminares caballerescos de que se hace mención en el episodio de Tegalda. Eran contratos de venta de la mujer aún sin consulta de ella, o simulados raptos que, después de los tratos, el novio hacía con la aparente oposición de los padres de la mujer.

En el Canto XX Tegalda cuenta que su padre le dió un beso paternal en la frente.

El beso no era conocido entre los araucanos, según los testimonios de los cronistas. Los esposos y los amantes lo reemplazaban por el roce de las mejillas.

En varias parte aparece el galán indio tratando de señora al objeto de sus pensamientos. Este tratamiento no existía. Los araucanos se decían *her-*

manito, hermanita. Todavía se conserva esta cariñosa manera de hablarse entre los jóvenes mapuches.

En los Canto XIII y XIV, al hablar de la muerte de Lautaro, pone a este héroe viajando y viviendo junto con su mujer en una expedición guerrera. Se sabe por los cronistas que, lo mismo que todos los pueblos salvajes, los araucanos se abstendrían de la compañía de sus mujeres al partir a la guerra.

Lautaro, como jefe, no podía haber roto con esta ley tradicional.

Ercilla cuenta que las mujeres seguían a la distancia a los guerreros para ayudarlos después de la victoria a la recepción del botín y a la conservación de los primeros; esto se comprende, pero no la convivencia de los guerreros y sus mujeres en los campamentos en vísperas de las batallas. Y aún cuentan que pelearon en ciertos casos las mujeres formando escuadrones especiales.

Ercilla se vió en un conflicto por no tener un jefe araucano principal a quien dar la dirección de la guerra, a fin de que la acción tuviera unidad y no aparecieran los araucanos batiéndose sin cohesión ni sistema.

No pudo colocar como capitán a Lautaro porque éste ya había muerto antes que él llegara, y aún cuando se sabe por algunos cronistas y por testi-

gos españoles, entre los cuales está Francisco de Villagrán, que el joven toqui fué el verdadero jefe de la insurrección, Ercilla se vió obligado a dar a Caupolicán el lugar que le correspondía a aquel, y hasta lo adornó con las cualidades dominantes de Lautaro.

El Sr. Crescente Errázuriz, en la pág. 559 y siguientes de su obra Pedro de Valdivia, T. II, dice que Caupolicán como jefe de los araucanos es una creación poética de Ercilla; le niega la jefatura, sus hazañas y duda hasta de su prisión y muerte, llevada a cabo en la forma en que habla el poeta, pues invoca el testimonio de Reinoso, quien, 4 años más tarde, hace una exposición de sus servicios para que le den una encomienda y no nombra para nada a Caupolicán, cuya captura y muerte tenía que ser un mérito más.

Igualmente también, dice el Sr. Errázuriz, es extraño que nada digan de la prisión y muerte de Caupolicán, las actas de los Cabildos de Imperial y Cañete, cuando aluden a los ataques de los indios rechazados por Reinoso.

Parece, en realidad, que aún cuando Caupolicán existió, sólo fué un cacique valiente que no tuvo la preponderancia que se le da en La Araucana.

Por eso la figura de este caudillo no tiene la bri-

llante actuación que le correspondía en las batallas posteriores a la muerte de Lautaro.

El Sr. Thayer Ojeda va aún más lejos que el Sr. Errázuriz hasta el punto de sostener que Caupolicán es una figura ridícula e impropia del poema, lo que no podemos admitir, porque, aún cuando sea efectivo lo sostenido por el Sr. Errázuriz, no deja por eso de aparecer Caupolicán en el poema, como un héroe de perfiles épicos por su valor y patriotismo.

Es verdad que Caupolicán no tuvo al fin de su vida la altivez y el amor patrio que lo caracterizaron siempre, porque Ercilla, dejándose llevar por su sentimiento religioso y por las ideas dominantes entre los capitanes que buscaban, después del triunfo de las armas, la conversión al cristianismo de los jefes enemigos como un ejemplo y una lección saludables, falseó el carácter de Caupolicán, haciéndole aparecer resignado, pidiendo el bautismo y ofreciendo humildemente someter la tierra a la obediencia del Rey de España.

Esto puede ser una apreciación errada del poeta, una falta de estudio de la psicología araucana, pero de ninguna manera, convierte a Caupolicán en un héroe indigno de una epopeya.

ARMAS

Los araucanos empleaban armas ofensivas y defensivas.

Entre las primeras, estaban las flechas con puntas de cuarzo o de obsidiana. Probablemente usaron la honda, que es arma de pueblos primitivos. Los guijarros redondos y pesados que arrastraban los ríos y torrentes le suministraban abundantes proyectiles.

Las lumas y otros árboles de sus inmensos bosques les daban madera dura y recia como el hierro para sus mazas de combate, que, manejadas por sus brazos, aplastaron los cascos y hendieron tantas veces las armaduras españolas.

De los tupidos colihuales de sus vegas y quebradas sacaban las astas de sus lanzas, cuyas puntas terminaban en agudos pedernales o en trozos de madera endurecidos por el fuego.

En general, los araucanos usaban pocas armas defensivas. Estas, que consistían en toscos escudos

hechos de pieles superpuestas, estaban reservados para los guerreros de calidad o para los jefes. Los demás combatientes peleaban desnudos a pecho descubierto.

Se deja llevar un poco de su fantasía el poeta en estas estrofas del Canto 1.º.

«Las armas dellos más ejercitadas
«son picas, alabardas y lanzones,
«con otras puntas largas enastadas
«de la faición y forma de punzones:
«Hachas, martillos, mazas barreadas,
«dardos, sargentas, flechas y bastones,
«lazos de fuertes mimbres y bejucos
«tiros arrojadizos y trabucos».

Es verdad que muchos de los araucanos usaron al poco tiempo y con maestría algunas de las armas arrebatadas a los españoles, pero esto no era lo general. La mayoría seguía empleando las armas primitivas de que hemos hablado.

Nótese que Ercilla no habla en estas estrofas de la honda, arma común a todos los pueblos salvajes. Puede interpretarse que la frase «tiros arrojadizos» se refiera a dichas armas.

En donde el poeta falta manifiestamente a la verdad es en la estrofa en que habla de las armas de-

fensivas, como coseletes dobles, capacetes, grevas, etc., hechas de duros cueros impenetrables a los golpes de los más finos aceros.

Como ya los hemos dicho, sólo los jefes y algunos soldados escogidos, llevaban escudos rústicos, hechos de cuero, material muy raro por la escasez de animales que proporcionan pieles para el efecto.

Los demás iban con el pecho y la cabeza descubiertos.

Seguramente, el poeta dió a los araucanos, esta indumentaria guerrera para engrandecerlos, a fin de que no aparecieran los españoles cubiertos de hierro, luchando con salvajes desnudos que, fuera de sus mazas, sólo llevaban armas inofensivas contra los cascos y las corazas de los castellanos.

TRAJES Y ADORNOS

El vestido de los indios, antes de la invasión de los españoles, era de lo más primitivo, por la falta de animales que proporcionaran lana y cueros como ya lo hemos dicho.

Sólo las tribus cercanas a la cordillera se cubrían en parte con pieles de guanacos y con tejidos de fibras de plantas.

Los peruanos introdujeron el arte del tejido de la lana y a la llegada de los castellanos, ya había algunos indios principales que se vestían como los de ahora.

Las piezas fundamentales del vestido indígena fueron, desde entonces, el *chamal*, que hasta hoy consiste en un trozo de paño que envuelve el cuerpo. En las mujeres empieza debajo de los brazos y en los hombres, en la cintura. Estos últimos lo convierten en *chiripá* pasando las puntas por entre las piernas y sujetándolo con un cinturón.

Las mujeres usan además la *ichilla*, que es un

trozo de género rectangular prendido al pecho por dos puntas, dejando sueltas las otras como una pequeña capa.

Los hombres en vez de la *ichilla* femenina emplean el *poncho* o *manta* de vivos colores para cubrir los hombros y el torso.

Todos iban descalzos y con la cabeza descubierta.

En la guerra iban casi desnudos, apenas con ligeros taparrabos. Sólo llevaban algunas prendas los jefes o caciques, pero luego muchos de ellos se cubrieron con los depojos quitados a los españoles y aún hubo toquis, como Lautaro y Caupolicán, que usaron hasta las piezas de las armaduras castellanas y adornaron sus espaldas con capas españolas, mientras montados en veloces caballos manejaban diestramente las lanzas arrebatadas a sus enemigos.

En cuanto a los adornos, el poeta habla de las armas matizadas de finísimos colores y de los penachos con que van ufanos los más ambiciosos de crédito y loores en la siguiente estrofa del canto I:

Hasta treinta o cuarenta en compañía
Ambiciosos de crédito y loores
Vienen con grande orgullo y bizarría
Al son de presurosos atambores:
Las armas matizadas a porfía

Con varias y finísimas colores;
De poblados penachos adornados
Saltando acá y allá por todos lados.

En realidad los únicos adornos de los araucanos eran el *trarilonco* que consistía en una ancha cinta en torno de la cabeza.

Los jefes adornaban estas cintas con plumas y más tarde cuando aprendieron a fundir el metal, los *trariloncos* se adornaron con piezas de plata y entre las mujeres constituyeron los primeros lujos.

Estas también tuvieron más tarde algunas alhajas de plata, como prendedores para sostener la *ichilla* en el pecho y pendientes para adornar las orejas.

EL AMOR EN LA ARAUCANA

El señor Toribio Medina ha estudiado este asunto a fondo y con noticias que ningún otro autor ha dado.

Cree el señor Medina que Ercilla, por una desgraciada pasión amorosa que tuvo en su juventud, no quiso dar intervención al amor en su poema y que manifestó esta intención en estos versos:

Venus y Amor aquí no alcanzan parte
sólo domina el iracundo Marte.

Creo, como el señor Medina, que el desengaño amoroso que había sufrido el poeta lo había pre-dispuesto contra el amor, y por eso, al escribir estos versos, manifestó, seguramente con cierta satisfacción, el carácter guerrero del poema.

Pero también me parece que este recuerdo desagradable no ha sido lo que al poeta indujo a no darle al amor una parte principal en su epopeya.

Cuando él se embarcó para Chile, ya sabía que los araucanos eran un pueblo belicoso que no se ocupaba en otra cosa, desde la llegada de los conquistadores, que en pelear defendiendo palmo a palmo sus montañas.

Por consiguiente, el asunto de cualquier obra que sobre ellos se escribiese, tendría que versar sobre la guerra.

Por otra parte, no es efectivo que la acción principal de un poema épico gire en torno de una pasión amorosa.

Fuera de La Iliada, en que el amor aparece como la causa de la guerra de Troya, y del Orlando Furioso, en que esta pasión constituye el fondo del poema, generalmente en las epopeyas el amor ocupa un lugar secundario, es el tema de los episodios que se intercalan para romper la monotonía de las hazañas guerreras. En La Farsalia, los amores de Cornelia y Pompeyo no son sino un descanso agradable en este poema filosófico, religioso y político.

En La Eneida el amor de Dido es sólo un episodio sentimental. En La Odisea hay también cuadros amorosos secundarios.

En la Jerusalén Libertada, la acción principal, como lo indica el título, es la liberación de la Ciudad Santa y los episodios amorosos que tiene, son destinados a producir cierto reposo espiritual al lector.

El señor Medina primero y después el señor Menéndez Pelayo, hacen notar que Ercilla sólo habla del amor conyugal.

Esto lo explica, desde luego, porque el poeta no podía haber puesto en la acción, amantes araucanos, conociendo de cerca a los indios y sabiendo que no había entre ellos el amor preliminar al matrimonio, pues éste se hacía, como ya lo hemos dicho, por contratos de venta, sin conocimiento muchas veces de la mujer.

Por eso, cuando quiso hablar del amor antes del matrimonio, tuvo que inventarles a los indios, hechos y costumbres propios de los civilizados.

Tampoco pudo colocar en su obra, amores entre los españoles e indias, porque era tanta la diferencia entre ambas razas, que cualquier intento de pasión habría resultado inverosímil o talvez ridículo.

En realidad, pues, para mantenerse en el terreno de la verosimilitud en cuanto a las costumbres, como debe hacerlo todo poeta épico, no le quedó a Ercilla otra cosa que presentar los amores felices o desgraciados dentro del matrimonio.

Creo finalmente que si esta pasión desgraciada a que alude la glosa juvenil de Ercilla, influyó en su ánimo, fué más bien para hacerlo más compasivo hacia las desgraciadas mujeres que sufrían como él.

EL PAISAJE

El crítico francés Sismondi ha reprochado a Ercilla la falta del paisaje en el poema, diciendo que en vez de medir a Chile, debió describir sus montañas, sus ríos y sus valles, hablarnos de su clima y de la flora de sus bosques.

El señor Medina lo justifica diciendo que «escribía de un país enteramente desconocido y en un tiempo en que las dificultades de la navegación hacían de las regiones americanas, sitios verdaderamente fabulosos», y agrega que esta descripción pudo haberla hecho en el lenguaje no tan descarnado y prosaico.

Yo creo que la verdadera causa de esta ausencia de la sensibilidad del paisaje, ha estado principalmente en la enorme impresión, que en el ánimo del poeta, produjeron las maravillosas hazañas de los araucanos que absorbieron de tal manera su atención que no le dejaron tiempo ni serenidad para dar a las escenas bélicas que describía, por las no-

ches en los campamentos, el marco del paisaje que el estruendo de la guerra no le había permitido contemplar de día.

Además la observación del paisaje y su relación con los sucesos que en él se verifican, envuelve junto con el estudio, una actitud contemplativa que no se aviene con la inquietud de los guerreros y menos todavía, con la situación de aquellos hombres que, como el poeta, vivían siempre con el arma al brazo, de día y de noche, en espera de una posible sorpresa de los indios.

Por otra parte en esta ausencia del paisaje, Ercilla ha hecho lo que los autores de las epopeyas que él conocía. Todos traen sólo de cuando en cuando, algún rasgo o pincelada de la naturaleza, sin que haya nunca una descripción de cierta importancia. Así Ercilla trae una pequeña descripción del paso del cerro Villagrán, en estas dos estrofas del canto VII.

A la siniestra mano hacia el Poniente
estaban dos caminos mal usados,
estos debían ser antiguamente
por do al agua bajaban los venados;
digo en tiempos pasados, que al presente
por mil partes estaban derrumbados,

y el remate tajado con un salto
de más de ciento y veinte brazas de alto.

Por orden de Natura no sabida
o por gran sequedad de aquella tierra;
o algún diluvio grande o avenida,
fué causa de atajarse aquella sierra;
pues por allí la gente mal regida
ocupada del miedo de la guerra,
huyendo de la muerte ya sin tino
a dar derechamente en ella vino.

Otras veces trae también algunos esbozos de paisajes, algunos toques destinados a marcar la hora o la situación de los personajes en un caso determinado:

Cuando el sol en el medio cielo estaba
no declinando a parte un solo punto
y la aguda chicharra se entonaba
con un desapacible contrapunto,
el astuto Lautaro levantaba
su campo

En las breves descripciones de que hablamos, no aparecen ni los grandes robles y alerces de la región del sur, ni los esbeltos colihues de cuyas altas

cañas, como dice Dublé Urrutia, colgaban como lágrimas de sangre los copihues.

Véanse las siguientes estrofas del Canto II.

Ya la rosada aurora comenzaba
las nubes a bordar de mil colores,
y a la usada labranza despertaba
la miserable gente y labradores:
ya a los marchitos campos restauraba
la frescura perdida y sus colores,
aclarando aquel valle la luz nueva,
cuando Caupolicán viene a la prueba.

.
Por entre dos altísimos egidos
la esposa de Titón ya parecía,
los dorados cabellos esparcidos,
que de la fresca helada sacudía,
con que a los mustios prados florecidos
con el húmido humor reverdecía
y quedaba engastado así en las flores
cual piedra entre perlas de colores.

.
Y estas otras del Canto XXV:

Ya la espaciosa noche declinando
trastornaba al ocaso sus estrellas,

y la aurora al oriente despuntando
deslustraba la luz de todas ellas:
las flores con su fresco humor rociando,
restituyendo en su color aquellas
que la tiniebla lóbrega importuna
las había reducido a solo una.

Cuando con alto y súbito alarido
apareció por uno y otro lado,
en tres distintas partes dividido,
el ejército bárbaro ordenado.

.....

GEOGRAFIA DE LA ARAUCANA

El poema, por la minuciosidad con que enumera los diversos parajes por donde marcharon las tropas españolas, constituye un verdadero guía del terreno austral, desde Concepción hasta Valdivia y Osorno, pasando por Cañete e Imperial, cruzando la cordillera de Nahuelbuta y atravesando además del Bio-Bio, los caudalosos ríos de Cautín, Tol-tén y Río Bueno, para detenerse por fin a las orillas del golfo de Reloncaví. No se puede tener tanta confianza en la geografía de las regiones central y norte, porque Ercilla se guió en ellas por los cronistas y por el testimonio personal de los soldados y de los indios, pues él no conoció esa parte de nuestro territorio.

En general, Ercilla no comete errores geográficos de importancia.

La mayor parte de los nombres que menciona han llegado hasta nosotros, eso sí, que algunos de ellos con notables variaciones morfológicas, que se

explican, por la tradición oral en que se mantuvieron tanto tiempo.

Sólo en la región de Llanquihue, no aparece bien claro el poema cuando habla del Desaguadero y del paraje donde cruzó el canal de Chacao, para desembocar en Chiloé. Las prolijas e inteligentes investigaciones del señor Medina, han servido para solucionar las dudas sobre el particular, estableciendo que los españoles bajaron al golfo de Reloncaví por la región oriental del Lago Llanquihue y siguieron por la costa hacia el sur, y en seguida hacia el poniente, hasta que llegaron cerca del lugar que ocupa la villa de Carelmapu. Allí vieron que el canal de Chacao desembocaba en el mar y que no era posible atravesarlo en débiles piraguas con los caballos. Entonces se volvieron al norte, pero antes, el poeta, atravesó el canal y desembarcó en la isla de Chiloé, probablemente por la punta Pogueñun.

VALOR EDUCATIVO Y PATRIOTICO DEL POEMA

Es enorme el valor educativo de una obra maestra, estudiada y comentada en los colegios y universidades.

La Divina Comedia reunió así, en torno del dialecto florentino en que se escribió, todos los otros dialectos italianos, hasta formar la hermosa lengua que hoy se habla desde los Alpes hasta las playas de Sicilia.

En España, el Poema del Cid reunió todos los nobles sentimientos del pueblo hispano en la persona del Cid Campeador, que pasó a ser así el símbolo de las virtudes de la raza.

Entre nosotros La Araucana, a pesar de no habersele dado, como dijimos en la Introducción, toda la importancia que merece, ha desempeñado, sin embargo, un importantísimo papel, no sólo en la unión espiritual de Chile y España, sino que ya ha contribuído también a la formación del tipo racial chileno, con las características de independen-

cia y de amor patrio que tuvieron los héroes legendarios de La Araucana.

Ahora que el sentimiento patrio se debilita o se desvía, es necesario que pongamos al alcance de nuestros niños y de nuestro pueblo, los versos del cantor de Arauco, en los que surgen las figuras enormes de aquellos caciques admirables que aún pueden enseñarnos a mantener la altivez de nuestro carácter nacional y el amor patrio, el verdadero, que consiste en la defensa de nuestros derechos y de nuestro suelo y que no puede cambiar con el movimiento moderno porque no está reñido con la humanidad.

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LOS ARAUCANOS

En los últimos tiempos se ha venido manifestando, en algunos artículos de la prensa, cierta hostilidad para todo lo que se refiere a *La Araucana* y a los héroes cantados por ella.

No hacemos aquí especialmente la defensa del poema atacado por algunos espíritus que, por conformarse a las tendencias modernas en arte y en literatura, atacan aún sin conocer, las obras maestras y sin pensar que forman parte de un pasado glorioso que no puede desaparecer.

Con lo que anteriormente hemos expuesto sobre el valor histórico, docente y patriótico del poema en este libro, creemos que no es menester otro comentario sobre el particular.

Nos limitaremos solamente a demostrar cuán injustos son los cargos que se hacen ligeramente a los araucanos, pretendiendo echarles en cara los defectos característicos de la raza, sin tomar en cuenta las grandes cualidades que han adornado a

estos bárbaros, cuya fama es hasta ahora universal.

Se ha sostenido que Ercilla, al hacer su opopeya de Arauco, no quiso sino escribir un poema épico a expensas de la verdad histórica.

Es cierto, como ya lo hemos dicho al tratar de valor histórico de la Araucana, que el autor, para hacer héroes de opopeya a los bárbaros cuyas hazañas tanto él admirara, tuvo que adornarlos con muchas cualidades poéticas propias de personajes épicos, pero conservó en todos ellos un fondo de verdad comprobado por documentos contemporáneos y posteriores.

Los cronistas españoles de la Conquista de Arauco nos enseñan que conocían el amor filial y lo llevaban a veces hasta el sacrificio, lo mismo el amor conyugal. No hablo de los amores materno y paterno porque éstos son comunes aún a los animales y forman parte de los instintos.

Practicaban el agradecimiento, cumplían la palabra empeñada, eran leales amigos y así lo demostraron aún a los mismos españoles en varios casos; eran además hospitalarios y acogedores.

Sus mujeres eran castas y fieles, al par que limpias y trabajadoras.

El padre Rosales trae en su Historia de Chile el episodio conmovedor de Millapellu, (almeja de

oro) y Antecolli (sol rubio) que parece sacado de las leyendas románticas caballerescas.

Antecolli, enamorada de su joven marido, lleva a cabo para salvarlo del cadalso, una maravillosa tentativa llena de peripecias y de aventuras. Habiendo fracasado casi al término de su empresa, se desespera al ver a su marido ejecutado ante su vista y a pesar de que es tratada por los españoles con caritativa benignidad, muere de pena al cabo de pocos días, causando la admiración de los opresores por la fuerza de su amor y la sensibilidad de su corazón.

Don Antonio de Quiroga cuenta en su Memoria Histórica el caso de un joven indio que se ofreció para quedarse prisionero en manos de los españoles en lugar de su padre viejo y enfermo que ya no podía soportar los rigores de una prisión. Los españoles consintieron en el cambio.

Este hecho, contado por el cronista Quiroga, comprueba que la mayor edad no desataba los lazos de familia entre los araucanos ni hacía olvidar el cariño y el reconocimiento de los hijos para con los padres, como infundadamente se ha afirmado por los que no conocen los historiadores y cronistas de aquella época.

Se sabe que conocían el agradecimiento por los dos hechos que van a continuación: El cronista, au-

tor de los Borradores de Una Relación de la Guerra de Chile, cuenta cómo los indios, después de tomarse a Chillán, trataron no sólo con atención, sino hasta con cariño a una dama principal que había sido bondadosa siempre con los indígenas. (1)

El padre Rosales trae en su Historia un rasgo generoso de Lientur, el famoso cacique vencedor de los españoles en la batalla de las Cangrejeras. En dicho combate fué tomado prisionero Don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, autor del Cautiverio Feliz, y el referido cacique no sólo lo libró de ser maltratado, sino que en el nombre de las bondades de su padre, el maestro de Campo don Alvaro de Pineda, lo llevó a su reducción y lo trató como a un amigo; así lo cuenta también, Pineda y Bascuñán en su obra citada.

Estos ejemplos sacados de los cronistas, comprueban que los araucanos no eran la raza despreciable de que hoy hablan algunos.

Desgraciadamente, los indios que han quedado cerca de los grandes centros de población han perdido las virtudes primitivas, para adquirir los vicios y los malos hábitos de los que, llamándose civilizados, los han despojado y corrompido por me-

(1) Seis años de la Historia de Chile por don CRESCENTE ERRÁZURIZ.—Pág. 146.—T. I.

dio de los engaños de los tinterillos y el alcohol de los comerciantes inescrupulosos.

Hemos presenciado, durante los largos años que hemos vivido en la Araucanía, despojos increíbles y ventas ridículas de propiedades, que explican por qué el Supremo Gobierno ha tenido hasta ahora a los indios desgraciados, en calidad de menores, bajo la tutela paternal de un Protector de Indígenas.

Pero esta medida ha sido sólo un paliativo transitorio de grandes males, pero no un remedio de efectos permanentes. Fuera de la protección de sus terrenos, no se ha procurado el levantamiento moral de los indígenas por medios adecuados. Lo poco que se ha hecho en este sentido, es obra de la actividad particular y especialmente de las comunidades religiosas, que han fundado ya varias escuelas agrícolas para enseñar a los jóvenes mapuches el cultivo sistemático de la tierra.

Por eso los indios que han quedado cerca de las poblaciones constituyen hoy una rémora para el progreso de ellas, pues no pueden vender sus propiedades y no son capaces de trabajarlas, o no pueden hacerlo por falta de medios.

De aquí nace la mala voluntad hacia el infeliz mapuche, sobre el que recae la culpa de este estado de cosas. En cambio, los que viajan en los campos

distantes de los poblados pueden ver a los indios en su sencillez y felicidad primitivas, conservando junto con sus defectos las buenas cualidades de su raza, libres de los engaños y de la corrupción, hospitalarios con los viajeros, unidos por los tradicionales lazos familiares y gobernados por la serena autoridad de sus caciques como antaño.

LA NOMENCLATURA

Nombres propios de personas

Se le ha echado en cara a Ercilla el que varios de los nombres de sus héroes indígenas no son de origen araucano.

Este cargo no tiene gran valor. Es cierto que algunos nombres de caciques, no son araucanos, pero esto no quiere decir que el poeta los haya inventado a su capricho, pues muchos de ellos son de origen quichua, otros han venido de los puelches de ultracordillera, y otros de los indios que poblaban la región norte del país, como los changos.

El señor Thayer Ojeda, en un estudio especial que tiene sobre la materia, refuta principalmente las observaciones formuladas a la nomenclatura de La Araucana por don Abraham König en su edición del poema.

El señor Thayer prueba que no son nombres inventados el de Orompello y el de Brancol, pues exis-

tieron estos caciques, el primero en Osorno y el segundo en Itata.

En cuanto a Crepino, es natural que no lleve nombre araucano porque, como el poeta mismo lo dice, era un indio extranjero.

Es verosímil, agrega el señor Thayer, que Ercilla haya dado nombres antojadizos a los personajes de ínfima importancia como son varios de los que trae en una lista el señor König.

Además muchos de los nombres cuya etimología no aparece muy clara, han debido experimentar, sin duda, cambios morfológicos notables, de tal modo que no es fácil saber la forma primitiva.

La objeción que se ha hecho a Ercilla de usar nombres geográficos para sus héroes, no merece tampoco tomarse en cuenta, pues muchos de los caciques usaban los nombres de los lugares de donde eran y cuyo gobierno tenían, vgr: Angol, Purén, Mareguano.

Se perdió después en algunos casos, el nombre personal y quedó sólo el geográfico, vgr: Andalicán, Talagante, etc.

El señor Tomás Guevara trae en su Historia de la Araucanía, un capítulo interesante sobre las etimologías de los nombres geográficos araucanos.

Algunos de ellos han llegado hasta nosotros, con tres formas distintas, vgr: Un lugar del departa-

mento de Laja, se llama Huenquecura, Huequecura y Huentecura.

Etimología de los nombres propios empleados por Ercilla

Damos a continuación una lista de los nombres propios de La Araucana, con su etimología que demuestra que no han sido inventados por el poeta.

Alcatipay.—De alca-macho, valiente y (1) thipay-salió: salió el macho.

Ainavillo.—De anyn-mansa y vilu-culebra culebra mansa.

Andalicán.—(2) De antü-sol y lican-piedra piedra de sol.

Angol.—De encol-halcón.

De encoln-subir a gatas.

Esta misma etimología sirve para el nombre Ongol.

Brancol.—De pran-levantar y coll-lagarto: lagarto erguido.

Caniomangue.—De caniu-cresta y manque-cóndor: cresta de cóndor.

(1) Th se pronuncia como *tr* en la palabra inglesa, *tree*. Este mismo sonido lo tiene el pueblo en algunas palabras como traro, traer, tren, etc.

(2) Esta *ü* tiene un sonido semejante al de la *u* francesa.

Canistaro.—Penacho de traro.

Cayeguano.—Seis alturas. De cayu, seis y huenu, altura.

Cayocupil.—Seis pelados. De cayu, seis y cupil, pelados.

Cayumangui.—Seis cóndores.—De cayu, seis y manque, cóndor.

Caupolicán.—De queupo-piedra negra y licán-piedra blanca.

De ca-apo-lican: otro jefe de piedra blanca.

Colocolo.—Lagarto o gato montés.

Corpillán.—De curipillán: diablo negro.

Colca.—De coleau-gaviota roja o flamenco. De col (ü)-rojo y cau (cau) gaviota.

Cariolan.—De carülen-estar verde.

Curgo.—De curcun: jorobado.

Curiomán.—De curimanque: cóndor negro.

Changle.—Hongo que se cría en los robles.

Chilcán.—De chilca-arbusto.

Elicura.—De ili-lisa y cura-piedra: piedra lisa.

Galbarino.—De calhuarino-lana amarilla de la espiga del maíz.

De calvü-azul y rium-molledos.

Glaura.—De glovn-romper y rogh-rama: ramas rotas.

Guacolda.—De hue-nuevo y caldun-pararse: pasarse de una parte a otra.

Guacol.—De hue-nuevo y coll-lagarto: lagarto nuevo.

Gualemo.—De hua-maiz y de lemu-bosque: bosque de maíz.

Guacón.—De guaquéñ-gritería.

Galvo.—De calvü-azul.

Guambo.—De huampu: embarcación.

Guanpicolo.—De huampu-embarcación y coll lagarto: bote largo como lagarto.

Guancho.—Probablemente güenchu-varón.

Guaricolo.—De huari-cuello y coll-lagarto: cuello de lagarto.

Guaticol.—De huatha-vientre y coll-gato montés: vientre de gato montés.

Lautaro.—De lev-veloz y tharu-traro: traro veloz.

Lebopia.—De leuvu-rio y pia-blanco: río blanco.

De leuvu-río y pillu-garza: río de la garza.

Lambecho.—De lampa-lobanillo y che-hombre: hombre del lobanillo.

Lemolemo.—De lemu-bosque.

Lepomande.—De lepun-patio y antü-sol: patio al sol.

Leocan.—De leuvu-rio y caniu-cresta: cresta o penacho de río.

Leocato Leucaton.—De leuvu-rio y cathun-cortar: río cortado.

Lincoya.—De lin-cueva y coyan-roble: cueva del roble.

Mareande.—De mari-diez y anti-sol diez soles.

Mareguano.—De mari-diez y huenu-altura: diez alturas.

Maulen.—Está lloviendo.

Mauropande.—De mau-lluvia y rupaan-pasar y anti-día: llueve todo el día.

Millalauco.—De milla-oro y lavquen-mar: mar de oro.

Millalermo.—De milla-oro y lemu-bosque: bosque de oro.

Millapoe.—De milla-oro y pue-vientre: vientre de oro.

Millo.—De millo: una gramínea que da una semilla que embriaga, o bien de milla, oro.

Nico.—De nicum-abrigo o amparo.

Ongolmo.—De encoln-subir a gatas y mo-en: subir a gatas o escarpado.

Orompello.—De urum-encías y pelu-almeja: encías de almeja.

Paicabí.—De pay-cahuin: donde hay fiestas.

Painaguala.—De payne-azul y guala-pato: pato azul.

Palta.—Nombre de un pueblo de indios promaucaes.

Penco.—De pegu-co: agua del peumo.

De pen-co: se ve agua.

Peteguelén.—De peyu-todavía y huelén-desgra-
ciado.

Picol.—De piculhue-flauta.

Picoldo.—De piculthum-tocar la flauta.

Pillolco.—De pillu-garza o pillu y co-agua: agua
de pillu.

Pinol.—De pinu-paja menuda.

Puchicalco.—De pichi-pequeño y calco-brujo:
brujito.

Puran.—Vale ocho.

Puren.—Los brujos.

Pran.—De pramm-levantar: arrogante.

Rengo.—De rencoy-calcañar.

Talcahuano.—De thalca-trueno y huenu-altura:
trueno de altura.

Talco.—De thalca-trueno.

Talcuen.—De thalca-trueno y uun-boca: boca del
trueno.

Tehualda.—De huala-ave acuática del sur.

Teguan.—De tehua-perro.

Titaguano.—De thitan-desnudo y huenu-arriba:
desnudo de la cintura arriba.

Tomé.—Totorá.

Torquin.—De thorcun-mollejas de ave.

Tucapel.—De tutuca-pel: cuello de trompeta.

Tunconabal.—De tunco-parte carnosa del cuello y mahuel-tigre: cogote de tigre.

Trulo.—De thula-cisne chileno.

Sólo han quedado sin etimologías ciertas o muy probables, diez o doce nombres, que, salvo los de Fresia y Gracoloano, comprenden personajes de inferior categoría: Fresolano, Crino, Torbo, Narpa, Pon, Cron, Zinga y Polo.

Todo esto indica que los nombres propios de los araucanos, salvo estas poquísimas excepciones, no han sido inventados por Ercilla. La mayoría de ellos fueron, efectivamente, personajes que actuaron en la guerra de Arauco.

Pero cuando él quiso contar algo que no era sino legendario o episódico y se vió obligado a poner nombres a estos héroes secundarios, lo hizo, seguramente, dándoles denominaciones tomadas de boca de los mismos indios o españoles que habían guerreado antes que él.

Por eso la generalidad de estos nombres tienen etimología araucana aún cuando no correspondan a personajes reales.

**Nombres geográficos del poema y otros análogos de
origen araucano**

Como un complemento útil a la lista anterior y como una ayuda para las personas que se hayan

interesado por las etimologías de los nombres propios que aparecen en La Araucana, damos aquí el significado de las denominaciones geográficas que Ercilla empleó y además el de algunos nombres de aldeas, haciendas, balnearios, puertos, ríos y lagos de Chile de origen araucano.

En algunos países de Europa, es corriente acostumar a los jóvenes estudiantes a conocer el significado de los nombres del territorio o región que habitan. En otros que tienen grandes bellezas naturales, no sólo hay guías preparados para conducir a los viajeros, sino para explicarles los significados y leyendas del país. Así se estimula el interés de los turistas.

Entre nosotros, con vergüenza lo confesamos, los viajeros sólo encuentran la más perfecta ignorancia y aún la indiferencia más completa sobre todo lo que se refiere a la leyenda y significado de los lugares por donde pasan.

Tiene además el significado de los nombres de lugares, la influencia de que con él se puede saber en algunos casos, la naturaleza del suelo, las riquezas que guarda o los peligros que encierra para la industria o la agricultura.

En Chile, país en que la mayor parte de los nombres geográficos son de origen indígena, tiene suma importancia este conocimiento, pues no pode-

mos dar un paso fuera de las ciudades, sin encontrarnos con los nombres de origen araucano que pueden ser para nosotros un guía seguro y previsor.

Así en la región en que éntre la palabra *milla* había o puede haber terrenos auríferos; donde esté la palabra *co*, habría agua; donde encontramos la voz *lemu*, había bosques; donde aparece la palabra *trumag* hay cenizas volcánicas.

Arauco.—De ragh-greda y co-agua: agua de greda.

Andalien.—De antü-sol y lien-plata: plata de sol.

Ancud.—De anun-cudpi-almácigo de papas.

Aconcagua.—De conca-gavilla de paja para techar y de hue-lugar: donde hay gavillas para techar.

De conca-gua: caña de maíz.

De a-cun-cad-hua: llegar donde hay mucho maíz.

Antilhue.—De antün-hue: lugar donde quema el sol.

Apoquindo.—De pu-signo plural y de cünthal-quintral: los quintrales.

Batuco.—De vathu-espadaña y co-agua.

De vatue-co: tierra que contiene agua.

Bio-Bio.—De viu-viu: hilos de agua.

Camarico.—De camaricu: regalo que los indios hacían a los españoles.

Concón.—De una especie de lechuga del mismo nombre.

Curicó.—De curi-negro y co-agua.

Colmo.—De culme-miserable.

Cunaco.—De cuna-cortadera y co-agua: agua de la cortadera.

Collipulli.—De colli-colorado y pulli-colinas cerros colorados.

Cahuil.—La gaviota.

Calbuco.—De calvü-azul y co-agua.

Carahue.—De cara-ciudad y hue-lugar: lugar donde hubo una ciudad.

Calafquén.—De ca-otro y lauquen-mar: otro mar.

Carampangue.—De caran-poblar y pangue-yerba de este nombre: población donde hay pangues.

Curacautín.—De cura-piedra y de cauten-muy verde: piedra muy verde.

De cura cautun: pedregal.

Curanilahue.—De cura-piedra y de gilahue-vadear: vado de las piedras.

Conchalí.—De concho-heces y de ali-ardientes.

De concho-lil: sedimento o fondo de peñas.

Cauquenes.—De cauquen: un ave.

De cauquen: traspasado de agua.

Catillo.—Diminutivo castellano de cathün: cortado o impedido.

Chacabuco.—De chacai-pu-co: agua de los chacayes.

El chacai es un arbusto espinoso.

Chile.—Del aimará Chilli nombre que los peruanos daban a este territorio por ser un país muy remoto, que está al fin de la tierra.

Chimbarongo.—De thüinvüln-torcer y lonco-cabeza: cabeza torcida.

Gultro.—De culthun: tambor.

Hualañé.—De huala: especie de pato y gne-ojos ojos de huala.

Iloca.—De ilocan-hacer comer carne o donde comen carne asada.

Itata.—De üthan-pastar.

Jahuel.—De jahuel-vertiente o pozo.

Laja.—De laja, piedra pizarra.

Lampa.—De lampa-lobanillo o de lampa-azada.

Laraquete.—De lar-quethe: Sin barba.

Limache.—De lin-cueva y machi-brujo: cueva de brujos.

Lota.—De lov-tavn: rancheríos.

Lonquimay. — De logcün-tupido y mahuidamonte.

Lolenco.—De lolen-pozos o cangrejeras y co-agua.

Lontué.—De lom-profundo y tué-tierra.

Loncomilla.—De lonco-cabeza y milla-oro.

Llay-Llay.—De llagh, llagh-mitades o medio a medio.

De llaññ llaññ pérdidas.

Llaima.—De llañmay-se escurre.

Llolleo.—De llole-hue: lugar de nasas.

Llanquihue.—De llancünhue-zambullida.

Malloco.—De mallo-cal o greda blanca y co-agua agua de cal.

Mapocho.—De mapu-tierra y chogn-hundirse rio que se hunde en la tierra.

Malleco.—De malle-tio y co-agua.

De malle-greda blanca y co-agua.

Maipú.—De maipun-romper la tierra.

De maipun-tierra pareja o llana.

Macul.—De mancuül-dar a otro la mano derecha.

De mahu-cuel: cerro de las lluvias.

Malvoa.—De ma (mu) llvoe-hacer leña.

Mataquito.—De matu, ligero ycütu, riega

Maulin.—Llover actualmente.

Melipilla.—De meli-cuatro y pillan-diablo.

Melipulli.—De meli-cuatro y pulli-colinas.

Millarapue.—De milla, oro y repuhue, donde hay caminos: caminos de oro.

Mulchén.—De muluchén-indios arribanos.

Ñuñoa.—De ñuño, huilmo (planta) y de hue lugar.

Ocoa.—De uco-hue: lugar de vertientes.

Nahuelbuta.—De nahuel, tigre y vuta, grande.

Nancagua.—De name-ca-hue: otro lugar perdido o aislado.

Pichilemu.—De pichi-pequeño y lemu-bosque.

Pirque.—De pilque-manta de indios o del quichua-pirca-pared.

Pelequén.—De pele-que: haber barro.

Paniahue.—De pañagh-solana y hue-lugar: lugar donde se toma el sol.

Paine.—Color azul.

Panimávida.—De pangui-león y mahuida-monte; monte de leones.

Panguilemu.—De pangui-leon y lemu-bosque.

Puyehue.—De puye-pecesito y hue-lugar.

Puchoco.—De puchun-co: sobras de agua.

Polpaico.—De por suciedad, pay-vino y co-agua agua que viene sucia.

Petrohue.—De pülthon-hue: humareda.

Puchuncaví.—De puchun-sobrar y cahuin fiesta donde hay sobra de fiesta.

Pudahuel.—De pu-dahuel: las pozas.

Peulla.—De peullea-brotarán las plantas.

Peñalolén.—De pünad-gavilla y lolen-cangrejera gavilla de trigo de la cangrejera.

Quilicura.—De cülü-inclinado y cura-piedra.

De quelü-rojo.

Quilpué.—De cullpo-tórtola y hue-lugar donde hay tórtolas.

Quillota.—De cüllon-lindero: quillutay: que es deslinde.

De cüllutun-lavarse repetidas veces la cara.

Quirihue.—De cüri-hue: extravío.

Quiriquina.—De cürin-extraviar y cüga-linaje linaje extraviado.

Reloncaví.—De rülon-zanjón y cahuin-reunión: reunión de zanjones.

Rere.—Pájaro carpintero.

Rancagua.—De renca-planta chilena y hue-lugar.

Reñaca.—De rügan-cavar pozo y co-agua agua de pozo.

Renaico.—De rügan-cavar y co-agua.

Renca.—De una planta chilena llamada así.

Rucapequén.—De ruca-choza y pequén-ave, especie de lechuza. Cueva del pequén.

Ranco.—De ran-jaiba y co-agua: agua de jaibas.

Riñihue.—De rügi-colihue y hue-lugar: colihual.

Rupanco.—De rupan-pasar y co-agua: agua pasada para acá.

Rungue.—Cada una de las varillas que sirven para revolver el grano que se tuesta.

De rügi-colihue.

Talca.—De thalca-trueno.

Teno.—De thiino-encogerse.

Til-Til.—De thilu-rajarse (repetido: rajarse mucho) (la tierra o una pared).

De thili-los triles (aves).

Tinguiririca.—De thügün-redondo y lican-cuarzo.

Tolhuaca.—De tol-frente y huaca-vaca.

Tobalaba.—De thovü-cobarde y lava-sabandija.

BIBLIOGRAFIA

Literatura colonial chilena.—J. T. Medina.

La Araucana.—J. T. Medina.

Las mujeres de La Araucana.—J. T. Medina.

Historia de la poesía Hispano-Americana.—M. Menéndez Pelayo.

Los héroes indígenas de La Araucana.—T. Thayer Ojeda.

Don García de Mendoza.—Crescente Errázuriz.

Pedro de Valdivia.—Crescente Errázuriz.

Historia de La Araucanía.—Tomás Guevara.

Folklore Araucano.—Tomás Guevara.

Comentario del pueblo araucano.—Manuel Manquilef.

La epopeya de Chile.—Antonio Bórquez Solar.

La Araucana.—Abraham König.

Bajo la dominación española.—Domingo Amunátegui Solar.

Descubrimiento y conquista de Chile.—Miguel Luis Amunátegui.

Diccionario etimológico.—Dr. Rodolfo Lenz.

Diccionario Hispano Chileno. — R. P. Andrés Febres.

Glosario etimológico.—Fr. P. Armengol Valenzuela.

Vocabulario etimológico de nombres chilenos.—Julio Figueroa.

Historia General de Chile.—Diego Barros Arana.

Historia General del Reino de Chile.—Fr. Diego de Rosales.

Memoria.—Antonio de Quiroga.

Historia de Chile.—José Pérez García.

Cautiverio Feliz.—F. Núñez de Pineda y Bascuñán.

INDICE

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCIÓN	5
AMBIENTE Y ESCENARIO DE LA ARAUCANA.	7
BIOGRAFÍA DE ERCILLA.	15
Rasgos dominantes de su carácter y aspecto físico	27
ARGUMENTO DE LA ARAUCANA.	31
EL POEMA.—Su plan y su desarrollo.	37
ES LA ARAUCANA UNA EPOPEYA?	41
MÁQUINA DEL POEMA.	45
Ejemplo de máquina cristiana	46
Ejemplo de máquina pagana.	47
EPISODIOS.	51
Episodio de Glaura	54
Episodio de Guacol y el caballo marino.	60
Episodio de Tegualda.	62
LOS DISCURSOS.	69
Discurso de Colocolo	70
Discurso de Lautaro.	73
Discurso de Galbarino.	75

	Pág.
RETRATOS	83
Retratos de los araucanos	83
Retrato de Caupolicán.	84
Retrato de Lautaro.	85
ESTILO Y DESCRIPCIONES.	89
Descripción de la batalla de Tucapel	90
Asalto de los araucanos al fuerte de Penco.—Ha- zañas de Gracolano y Tucapel.	94
VERSIFICACIÓN	117
LOS HÉROES ARAUCANOS	121
LAS MUJERES DE LA ARAUCANA.	127
VALOR HISTÓRICO DEL POEMA.	131
ARMAS	139
TRAJES Y ADORNOS	143
EL AMOR EN LA ARAUCANA.	147
EL PAISAJE	151
GEOGRAFÍA DE LA ARAUCANA.	157
ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LOS ARAUCANOS.	161
LA NOMENCLATURA.—Nombres propios de personas.	167
Nombres geográficos del poema y otros análogos de origen araucano.	174
BIBLIOGRAFÍA.	183

ESTABLECIMIENTOS GRAFICOS
BALCELLS & C^o



SANTIAGO
CALLE FONTECILLA 260-269



